LOS HOMBRES de la historia

161

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Eva Perón

Centro Editor de América Latina



Rodolfo Tettamanti

LOS HOMBRES *de la historia* 161

Vista en perspectiva, sorprende en Eva Perón su extraordinaria pasión, una pasión que la hace vivir y apurar su muerte de modo frenético y casi enloquecido.

Por supuesto, no fue una intelectual. Las teorías sociales y políticas le fueron totalmente ajenas y llegó a la política casi por casualidad, pero tuvo un enorme sentido de lo popular con todo lo que lo popular tiene de auténtico, espontáneo y contradictorio.

Dio origen a grandes odios y a grandes amores que señalan por igual la enorme fuerza de su insólita personalidad. Supo crear en torno de ella un mito que se fue haciendo cada vez más poderoso a medida que, desaparecida su figura y desvanecidos los detalles y las circunstancias que la habían rodeado, se destacaron más y más su pasión, su energía, su amor violento y atormentado. Este mito y el odio y el temor de las clases dirigentes dan su verdadera dimensión al rapto de su cadáver.

Están demasiado frescos aún sus actos, sus palabras, sus sonrisas, sus estallidos, para poder formar juicio objetivo acerca de su personalidad, pero, sea cual fuere el veredicto de la historia, no hay duda de que se trata de una de las personalidades públicas más apasionantes de nuestro tiempo.

161 - Eva Perón - El Mundo Presente

Este es el octavo fascículo del tomo El Mundo Presente (Vol. II).

La lámina de la tapa pertenece a la sección El Mundo Presente del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223. Buenos Aires, en julio de 1971

Eva Perón

Rodolfo Tettamanti

1919
Nace el 26 de abril en la calle Winter 90, de la localidad bonaerense de Los Toldos, María Eva Duarte. Es la cuarta hija de Juana Ibarguren y Juan Duerte.

1926
Muere Juan Duarte en Chivilcoy y sus hijos legales tratan de impedir la entrada al velorio de los hijos de Juana Ibarguren, pero no lo consiguen.

1929
Juana Ibarguren se instala con sus cinco hijos (Elisa, Blanca, Juan, Eva y Herminda) en Junín.

1933
María Eva Duerte ingresa en la Escuela Normal de Junín y toma parte en los conjuntos estudiantiles de teatro vocacional.

1934
Durante una gira artística, el cantor Agustín Magaldi conoce en Junín a Juancito Duarte, hermano de Eva, y de esa amistad surge un pedido de ella: quiere que la lleven a Buenos Aires y la ayuden a iniciarse en el teatro. Magaldi consulta con la madre, y Eva (que apenas tiene 14 años) obtiene permiso para abandonar Junín.

1935
En enero Eva llega a Buenos Aires junto con Agustín Magaldi. Vive dos días en el departamento que éste comparte con una actriz y luego se instala en una pensión situada cerca del Congreso. En marzo debuta en el Teatro Comedia, formando parte de la compañía de Eva Franco en *La señora de los Pérez*. En julio es incluida en el reparto de *Cada hogar es un mundo*. Simultáneamente estudia declamación y arte dramático.

1936-1939
Actúa en las compañías teatrales de José Franco (*La dama, el caballero y el ladrón*; *El beso mortal*), Pablo Suero (*Las inocentes*), Armando Discépolo (*La nueva colonia*), Rinaldi-Charmiello (*¡No hay suegra como la mía!*), Pierina Dealessi (*La gruta de la fortuna*, *El cura de Santa Clara*) y Camila Quiroga (*Mercado de amor en Argelia*). Su amigo Emilio Kartulovich, corredor de automóviles y director de la revista *Sintonía*, logra para ella el primer rol cinematográfico en *Segundos afuera*, un film cómico de Chas de Cruz, con Pedro Quartucci, Amanda Varela y Pablo Palitos como estrellas principales. En esos años también trabaja como modelo publicitaria en anuncios de jabones, peluquerías, peleterías y casas de modas. Se inicia en la radiofonía formando pareja con Pascual Pellicciotta, con quien encabeza una compañía en Radio Prieto: su primer radioteatro se titula *Los jazmines*.

1940-1944
Concluye la filmación de *La carga de los valientes*, película de Pampa Films en la que Evita Duarte actúa junto a Santiago Arrieta, Anita Jordán, Domingo Sapelli y José Olarra. Después filmaría *El más infeliz del pueblo* (con Luis Sandrini), *Una novia en apuros* (con Quartucci, Alicia Barrié y Felisa Mary) y *La cabalgata del circo* (con Libertad Lamarque y Hugo del Carril). Vuelve a la radio para hacer un programa auspiciado por Jabón Radical a las 10 de la mañana (*Amanecer*), en Radio Argentina. Después pasa a El Mundo y a Belgrano, donde realiza decenas de radioteatros.

El 4 de junio de 1943, después de producirse el golpe militar que derrota al presidente Ramón S. Castillo, asume la dirección del Departamento Nacional de Trabajo el coronel Juan Domingo Perón, quien en seguida lo transforma en la Secretaría de Trabajo y Previsión, con la ayuda del coronel Domingo Alfredo Mercante.

Como las emisoras estaban entonces bajo la jurisdicción de Correos y Telégrafos, Evita Duarte conoce al nuevo director de esa repartición, coronel Aníbal Francisco Imbert, quien le otorga la confirmación de sus programas radiales.

El 15 de enero de 1944, cuando un terremoto destroza la ciudad de San Juan, los artistas de radio y cine salen a recolectar fondos para las víctimas. Evita Duarte está entre ellos y el 22 de enero aprovecha un gigantesco festival artístico a beneficio de los sanjuaninos para acercarse a Perón (promotor del acto a través de la Secretaría de Trabajo). Imbert los presenta y al poco tiempo Evita y Perón resuelven vivir juntos en un departamento de la calle Posadas 1567.

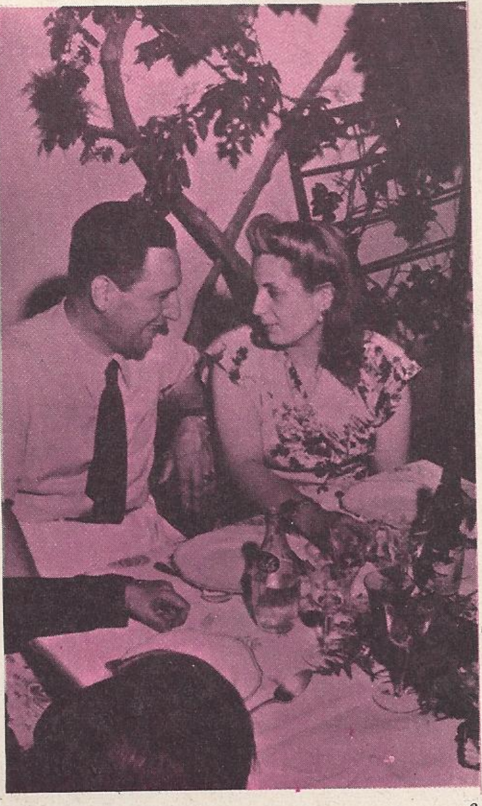
1945
Filma *La pródiga* (con Juan José Míguez y Ernesto Raquén) y es nombrada presidenta de la Asociación de Actores. Poco después consigue que Perón, ya ministro de Guerra, nombre director de Correos a Oscar L. Nicolini, un viejo amigo de su familia, lo que garantiza la permanencia de sus programas radiales y una mejoría en los cachets.

El 8 de octubre, mientras celebraba sus 50 años, Perón es obligado a abandonar sus cargos de Secretario de Trabajo, Ministro de Guerra y Vicepresidente. Resiste unas horas, hasta que debe irse. Lo detienen cinco días después y es conducido a la isla Martín García. Evita moviliza a todos los amigos políticos del coronel, en especial a los abogados, para que interpongan un recurso de hábeas-corpus que le permita sacarlo del país sano y salvo. Quiere irse a vivir con él al extranjero. Perón es traído, con parte de enfermo, desde Martín García hasta el Hospital Militar Central y Evita lo visita allí, junto con la mayoría de los dirigentes peronistas. Finalmente, en el atardecer del 17 de octubre Perón es liberado por el presidente Edelmiro J. Farrell, quien lo acompaña hasta la Casa Rosada para que hable desde un balcón a los trabajadores reunidos en la Plaza de Mayo. Cinco días después, el 22 de octubre, Perón y Evita contraen matrimonio en un registro civil de Junín, delante de dos testigos: Juancito Duarte y el coronel Mercante. Pasan diez días de luna de miel en una estancia del abogado Román Subiza, en San Nicolás.

Se convoca a elecciones presidenciales para febrero del año siguiente y Perón es elegido candidato por el Partido Laborista y la U.C.R. Junta Renovadora, con el apoyo de los nuevos sindicatos obreros, la Iglesia Católica y la mayoría del Ejército.

1946
Evita Duarte acompaña a Perón en todas las giras proselitistas por el interior del país y asiste a las concentraciones populares. El 24 de febrero se realizan los comicios y del escrutinio que se efectúa lentamente (demoró tres semanas) surge el triunfo de Perón por un margen de votos apenas mayor del 50 por ciento sobre los candidatos de la Unión Democrática (radicales, socialistas, comunistas y demoprogresistas). Evita se instala en una oficina de la Secretaría de Trabajo (ahora convertida en ministerio) y actúa prácticamente como titular de esa cartera, que oficialmente le había sido asignada a José María Freyre. También cumple su rol de Primera Dama junto al Presidente, y se hace llamar Doña María Eva Duarte de Perón.

1



2

1. La familia de Eva Perón.

2. Eva Duarte y su novio, el coronel Perón, en 1946.

3. Eva Perón en la quinta de San Vicente.

1947
Invitada por el caudillo español Francisco Franco, Evita parte el 6 de junio en avión rumbo a Madrid, junto con una numerosa comitiva. Lilián Lagomarsino de Guardo (esposa del presidente de la Cámara de Diputados y hermana del Ministro de Industria y Comercio) la acompañará todo el tiempo por expresa indicación de Perón. Del grandioso recibimiento en Madrid pasa a Segovia, Galicia, Sevilla, Granada y Barcelona. Luego visita Italia; el premier De Gásperi la agasaja en Roma y el papa Pío XII la recibe en el Vaticano. De allí va a París donde almuerza con el presidente Auriol; recorre la costa francesa y llega hasta Berna (Suiza), donde se produce un incidente con argentinos antiperonistas que arrojan tomates sobre su automóvil. Desiste de ir a Gran Bretaña porque los reyes no piensan recibirla con la pompa que ella quiere y se vuelve a Buenos Aires en barco, haciendo escalas en Río de Janeiro y en Montevideo para recibir condecoraciones diplomáticas y nuevos agasajos.

1948
Se crea el 8 de julio la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, con personería Jurídica. El 26 de agosto Evita proclama los Derechos de la Ancianidad, en el Ministerio de Trabajo.

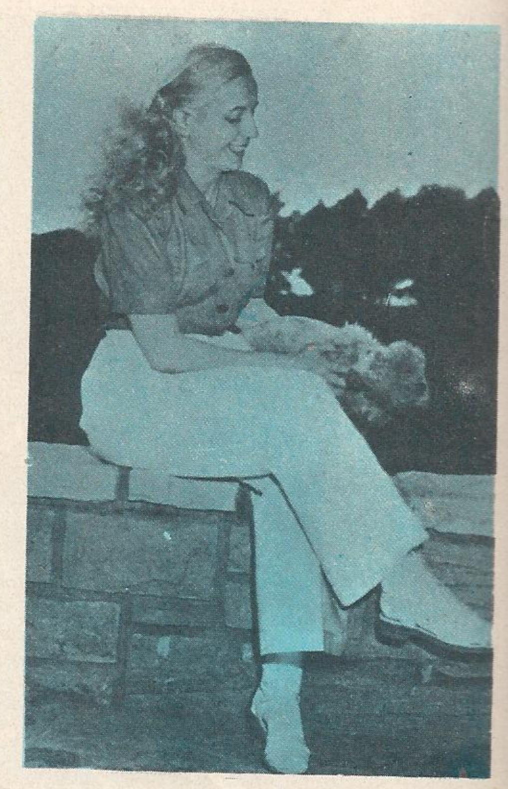
1949
El 26 de julio Evita preside la Primera Asamblea Nacional del Movimiento Peronista Femenino, cuyo acto inaugural se celebra en el Teatro Cervantes. Ese año asiste también a la inauguración de una serie de obras sociales: la Ciudad Infantil Evita, la sede de la C.G.T., la Escuela de Enfermeras de la Fundación, el Hogar de la Empleada General San Martín, el Hogar de Ancianos Coronel Perón, la Ciudad Estudiantil y decenas de hogares de tránsito, colonias de vacaciones, escuelas primarias y policlínicos en el interior del país. También se reforma la Constitución Nacional para permitir que Perón pueda ser reelegido presidente.

1950
El 12 de enero Evita es operada de apendicitis por el doctor Oscar Ivanissevich (Ministro de Educación), quien le aconseja un tratamiento para impedir la extensión de la enfermedad que acaba de descubrirle. Ella no le cree. En junio preside la reunión de gobernadores de provincias y territorios. En agosto entrega diplomas y medallas a diputados peronistas.

1951
Durante la huelga ferroviaria del mes de enero, Eva Perón (ahora se llama así) recorre los talleres y las estaciones instando a los obreros a levantar el paro. El 5 de julio el Congreso Nacional sanciona un proyecto suyo y convierte en provincia a dos gobernaciones: Chaco y La Pampa. El 22 de agosto se proclama la fórmula presidencial Perón - Eva Perón, en el Cabildo Abierto del Justicialismo: durante el acto realizado en la Avenida 9 de Julio, Evita rechaza el ofrecimiento de la candidatura y mantiene un dramático diálogo con la multitud. Como momentáneamente se la obliga a aceptar, el día 31 ratifica su renuncia en un mensaje radial. Son los militares quienes se oponen a su candidatura a Vicepresidente. A los dos meses es internada para ser sometida a una intervención quirúrgica, tal como lo había pronosticado Ivanissevich. Pero ya es imposible detener el cáncer que avanza dentro de su cuerpo. Todos los ministros y secretarios de Estado van diariamente a visitarla al policlínico donde está internada y el mismo Perón instala allí su despacho presidencial por unos días. El 17 de octubre ella había insistido en ir a los festejos y Perón tuvo que sostenerla de la cintura para que pudiera saludar a la multitud desde el balcón de la Casa Rosada. Le concedieron entonces la medalla peronista "de la lealtad" y se declaró el 18 de octubre como Día de Santa Evita.
El 11 de noviembre se efectúan las elecciones presidenciales, que vuelve a ganar la fórmula Perón-Quijano, y las mujeres votan por primera vez. Evita lo hace en el policlínico, con permiso de la Junta Electoral Nacional, cuando le llevan la urna a su cama. En diciembre aparece su libro, *La razón de mi vida,* editado por Jacobo Peuser.

1952
El 24 de enero se da el nombre de Eva Perón a la provincia de La Pampa y se le otorga a ella el título de Jefa Espiritual de la Nación. El 1º de Mayo pronuncia su último discurso y el 4 de junio, cuando Perón asume la segunda presidencia, sale a la calle por última vez. El 26 de junio el Congreso aprueba la erección de su monumento en la Avenida del Libertador, frente a Plaza Francia. Todos los peronistas hacen "promesas por la salud de Evita" y se ofician misas diariamente por su restablecimiento. El 26 de julio, a las 20.25, muere en la residencia presidencial de Palermo. Su velorio dura 15 días y se realiza en el Ministerio de Trabajo, en cuyas puertas se forman largas filas de hombres y mujeres que esperan pacientemente bajo la lluvia. El 1º de agosto es llevada al Congreso y allí, delante de un gran cortejo formado por los altos funcionarios del gobierno, jefes y oficiales de las tres armas y el cuerpo diplomático, el ataud es colocado sobre una cureña que luego arrastrarían los secretarios de los sindicatos hasta el local de la C.G.T. Su cuerpo queda sepultado allí, con una guardia permanente.

1955
Tras el derrocamiento de Perón, en setiembre, un comando revolucionario saca el cuerpo de Evita de la C.G.T. y se lo lleva con rumbo hasta ahora desconocido. Sus restos siguen siendo reclamados por los dirigentes peronistas políticos y sindicales.



3

El 15 de enero de 1944 la cuidad de San Juan fue arrasada por un terremoto que provocó la muerte de casi diez mil personas y dejó un saldo de 15 mil heridos. Todo el país se movilizó para ayudar a las víctimas de la catástrofe, pero la iniciativa oficial fue tomada rápidamente por el coronel Juan Domingo Perón, quien acababa de crear la Secretaría de Trabajo y Previsión. En ese organismo se montó una oficina recaudadora de contribuciones y se organizó una campaña publicitaria con la participación de todos los artistas del cine y de la radio, quienes se lanzaron a las calles céntricas (principalmente Florida) munidos de grandes alcancías. Para darle mayor trascendencia a esa campaña, se decidió organizar también un gigantesco festival artístico en el estadio Luna Park, donde todos actuarían gratuitamente en beneficio de las víctimas del terremoto.

El festival se efectuó el 22 de enero y cuando Perón llegó al estadio, fue saludado por un grupito de artistas que esperaban su arribo para estrechale la mano. Perón saludó a todos con una ancha sonrisa, hasta que se topó con un amigo, el coronel Aníbal Francisco Imbert, quien le presentó a la actriz Evita Duarte justo en el instante en que iba a tomar asiento en la primera fila de butacas. "Estaba ansiosa por conocerte", le susurró Imbert al oído. Y Evita, que no iba a desperdiciar ese momento clave de su vida, se sentó al lado de Perón, conversó con él toda la noche y empezó a vivir su incorporación a un capítulo de la historia política que jamás había imaginado.

Las relaciones de la nueva pareja se consolidaron al poco tiempo, cuando Evita decidió irse a vivir con Perón a un departamento céntrico y compartir con él todas las vicisitudes de la lucha política. Durante veinte meses ella acompañó pasivamente –aunque con entusiasmo– el vertiginoso ascenso del coronel, quien conquistó en ese lapso, el Ministerio de Guerra y la Vicepresidencia de la Nación, sin desprenderse de la Secretaría de Trabajo (su bastión más importante). Pero esa lealtad se convirtió en acción dedidida en octubre de 1945, cuando le fueron arrebatados al coronel los tres cargos que retenía y se lo recluyó detenido en la isla Martín García. Este episodio se inició en la noche del 8 de octubre –mientras Perón festejaba sus 50 años de edad–, como consecuencia del retiro del apoyo militar por parte del general Eduardo J. Ávalos, jefe de la guarnición militar de Campo de Mayo.

Durante ocho días el poder político del peronismo tambaleó, mientras su jefe era trasladado de un lado a otro sin destino fijo. Entretanto, Evita hizo todo lo posible por rescatarlo: habló con oficiales del Ejército, con dirigentes gremiales y con amigos políticos para movilizarlos en defensa del líder, e instó a un grupo de abogados peronistas a que presentaran un recurso de hábeas-corpus para intentar sacarlo del país (con el propósito de acompañarlo "adonde sea") si ese era el precio de la liberación. Pero como la ineptitud política de los grupos civiles antiperonistas hizo posible el retorno del coronel –tras la movilización sindical del 17 de octubre–, no hubo necesidad de tales alternativas.

Cinco días después de aquella liberación, en la tarde del 22 de octubre de 1945, Evita Duarte se casó con Perón en un registro civil de la ciudad de Junín, donde ella había nacido y donde aun vivía su familia. Él era viudo (sin hijos), de un matrimonio con Aurelia Tizón que sólo duró diez años, entre 1928 y 1938. Ella soltera. Y a partir de ese instante, convertida ya en la esposa de un candidato a la Presidencia de la Nación (para las elecciones del 24 de febrero de 1946), decidió acompañar a su marido por todo el país durante las giras proselitistas. Después del triunfo electoral, en cambio, tuvo que prepararse para asumir un rol más importante.

En el Gobierno

Los esplendores del poder ya acosaron a Evita el 3 de junio de 1946, cuando le tocó presidir la cabecera de la mesa que concentraba a los altos funcionarios del Gobierno saliente, en el tradicional banquete ofrecido a las delegaciones extranjeras en el Salón Blanco de la Casa Rosada. Esos halagos volvieron a repetirse un mes después, la noche del 9 de julio, cuando la velada de gala del teatro Colón le permitió lucir un lujoso traje de soirée con cascadas de tul rosado, en un palco ubicado a la derecha de Perón y que compartió con las señoras Clara Muguidovich de Borlenghi, María Esther Ayala de Bramuglia, Ercilia Vidal Alcobendas de Gache Pirán, Inés Serpa de Sosa Molina, Mercedes Lacalle Alonso de De la Colina, María Esther López Cabanillas de Ivanissevich y Lilian Lagomarsino de Guardo, esposas de los nuevos Ministros y del presidente de la Cámara de Diputados.

Con la esposa del Vicepresidente, María Teresa de Llano de Quijano, se sentaron en otro palco las señoras María Luisa Frogone de Pistarini, Inés Pueyrredón Saavedra de Amadeo, Elena Señorans y Elsa Rattenbach. Perón, rodeado de su gabinete en pleno, prefería atender a otras damas y mandó llamar a las artistas que esa noche iban a actuar en la ópera *Carmen*. El director general del teatro, Cirilo Grassi Díaz, acompañó al maestro Feruccio Calusio y las cantantes Gianna Pederzini, Sofía Bandini, Dora del Grande y Leticia de la Vega hasta el palco presidencial para que recibieran el saludo del presidente y la mejor de sus sonrisas.

El triunfo del 24 de febrero de 1946 le había conferido una nueva responsabilidad: la de convertirse en señora. Ya no podía llamarse Evita y ostentar, simultáneamente, el título de Primera Dama. Ser la esposa del Presidente de la Nación exigía ciertas obli-

1. El podre Virgilio Filippo bendice el crucifijo que el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor le obsequiara a Eva Perón con motivo de su cumpleaños en 1947.

2. Juan y Eva Perón en una visita al Frigorífico Municipal en 1947.

3. Eva Perón en mayo de 1947.

1



2



3

gaciones con las que no estaba familiarizada, pero de las que se sentía responsable y que valía la pena experimentar. Comenzó por adoptar una nueva identidad y se hizo llamar doña María Eva Duarte de Perón. Claro que este nombre sólo se utilizó en los actos oficiales y las citas periodísticas, porque sus admiradores seguían llamándola Evita.

El primer año de Gobierno no consiguió redituarle los halagos que ansiaba en sus nuevas funciones, hasta que un inesperado viaje a Europa la colocó de pronto frente a la fantasía de sentirse dueña de un inmenso poder: el de verse reverenciada por otros Presidentes, otros Ministros, otras damas, en países a los que ella sabía más importantes que el suyo. Pasear su nombre por Europa, en misión oficial, le parecía un sueño. Y quiso realizarlo.

A principios de febrero de 1947, Evita recibió una invitación del Generalísimo Francisco Franco para visitar Madrid y Sevilla. Fue una hábil maniobra del caudillo español, deseoso de asegurarse las simpatías de un gobierno que había prometido ayudarlo económicamente si el Plan Marshall resolvía marginarlo. Perón, que explotaba su amistad con Franco para negociar sus nuevas relaciones con los Estados Unidos, recibió alborozado la noticia y alentó a su mujer a emprender el viaje cuanto antes. Entusiasmada, Evita comenzó a organizar su comitiva y aceptó oficialmente la invitación, a mediados de marzo, advirtiendo que debía postergar algunas semanas su partida "para atender numerosos compromisos contraídos en el país".

Además del personal que serviría para atenderla, Evita buscó una persona que la acompañara a las recepciones y conociera los secretos del ceremonial; alguien con quien compartir y comentar las delicias del viaje y que supiera asesorarla en su nueva personalidad de gran señora. No le resultó difícil la elección, debido a la amistad que por ese entonces unía a los matrimonios Perón y Guardo. "Me han invitado a España y usted tiene que venir conmigo", anunció imperativamente, una tarde, a Lilian Lagomarsino de Guardo (esposa del Presidente de la Cámara de Diputados, Ricardo César Guardo, y hermana del Ministro de Industria y Comercio, Rolando Lagomarsino), quien debió rechazar el ofrecimiento porque acababa de nacer su cuarto hijo. Evita insistió inútilmente hasta que prefirió apelar a otro recurso: su marido. Al día siguiente, poco antes de compartir la cena en la residencia presidencial, la señora de Guardo vio a Perón salir de uno de los baños con las manos empapadas y envueltas en una toalla, mientras le advertía: "Evita me dijo que usted no quiere ir a Europa con ella. Si es así, ella tampoco irá".

La intimación dio resultado y en pocos días la comitiva quedó organizada. A la señora de Guardo se sumaron dos edecanes militares de Perón: teniente coronel Ballofet y capitán de fragata Gutiérrez; dos diplomáticos españoles, el marqués de Chinchilla López de Haro y el conde Foxá; el hermano de Evita, Juan Duarte; el peluquero particular, Julio Alcaraz; las modistas Asunta y Juanita y el escritor Francisco José Muñoz Azpiri, encargado de redactar los discursos. Pero la invitación de España también se extendió a Italia, cuyo Gobierno accedió a hacerle objeto de "todas las atenciones que merece la esposa de un jefe de Estado", y luego a Francia, cuyo Embajador en Buenos Aires anunció la decisión de París. Esto alargaba el viaje más de lo previsto y multiplicaba los gastos, porque no todo era cubierto con las invitaciones oficiales. Alguien se haría cargo de la diferencia, ocupándose de coordinar y dirigir la comitiva: Alberto Dodero, quien cultiviba la amistad de Perón y Evita e intentaba vender al Estado su deficitaria empresa naviera (cosa que consiguió en 1949).

Cuatro días antes de partir, el Ministro Freire decidió agasajar a Evita con un cóctel en la Secretaría de Trabajo y Previsión, y aprovechó para halagar la vanidad de la mujer del Presidente: "Tenemos la seguridad —dijo Freire— de que la señora de Perón, con esa inteligencia natural, con esa perspicacia y con esa gentileza que la adornan, será la representación cabal de la mujer argentina, que exhibe su personalidad, no con la vanidad del pavo real, sino como una encarnación de exquisita femineidad." Evita supo agradecérselo. Se acercó al Ministro y le dijo: "Gracias, che, no es para tanto. ¿Qué querés que te traiga de allá?"

La recepción española

En la tarde del 6 de junio de 1947, 48 horas después de celebrar el primer año de Gobierno, Perón acompañó a Evita a la base aérea de El Palomar donde una máquina de la compañía Iberia (con capacidad para 42 personas) esperaba su arribo especialmente acondicionada con un dormitorio con cama, tocador, cortinas de terciopelo verde y salón comedor con sillas y mesas. Ese avión había sustituido al barco que le negara la Marina de Guerra. Un segundo aparato, esta vez de la Flota Aérea Mercante Argentina, escoltaría al DC-4 español con el pesado equipaje de la comitiva.

A las 3 de la tarde, el aeródromo estuvo colmado por millares de personas que agitaban carteles y repetían estribillos partidarios. Habían llegado de diversas maneras: en camiones, colectivos, bicicletas y a pie. Cinco embajadores (de España, Italia, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) se agregaron al séquito oficial de gobernadores provinciales, ministros, diputados y generales que fueron a despedirla. Los empleados de la Aduana encargaron a uno de ellos, Carlos Veccar, la misión de leer el último saludo, y los soldados de Aeronáutica, alineados para rendirle honores, debieron romper filas para contener la avalancha que se descargó sobre la pareja cuando cruzaba la pista. El último abrazo de Perón y Evita fue en la escalerilla del cuatrimotor, coronado con una ovación. A las 4 y 20 el avión levantó vuelo mientras Eva agitaba su mano en la última ventanilla. Una vez en el aire, dejó el asiento de cola y arengó a sus acompañantes: "Voy a pedirles que se porten bien. En todo el mundo nos están mirando y algunos esperan que metamos la pata para caernos encima. No vayan a hacer macanas..."

A los dos días de viaje, el avión aterrizó en Villa Cisneros, Las Palmas, adonde se había adelantado el ministro de Asuntos Extranjeros del gobierno español, Martín Artajo, para darle la bienvenida en nombre de Franco. España se había preparado para recibirla desde el mismo instante en que Evita aceptó la invitación. Un mantón de Manila y una mantilla que el presidente del Club San Lorenzo de Almagro, doctor Peluffo, le trajera de España como obsequio del Club Atlético de Madrid, habían servido de anticipo. Simultáneamente se ordenó confeccionar lujosos trajes regionales en la capital española y en Sevilla "para obsequiar a la ilustre huésped durante su visita". Cuando todavía faltaba un mes para que llegara Evita, un millar de sevillanas ensayaban diariamente los bailes que le ofrecerían la tarde del recibimiento.

El aeropuerto de Barajas hervía de entusiasmo al atardecer del 8 de junio, cuando el Douglas de Iberia frenó en la pista cerca del estrado donde Franco y su mujer, Carmen Polo, esperaban a la viajera. "Fue un espectáculo indescriptible; se veían banderas, tapices y mantones por todas partes, en el trayecto del aeropuerto hasta la Plaza Independencia. Fueron 10 kilómetros que recorrimos escoltados por un piquete de la guardia mora", recordaría luego Lilian Lagomarsino de Guardo, quien viajaba en el segundo automóvil junto a la señora de Franco. Evita llegó con el caudillo y juntos pasaron revista a las tropas alineadas en la calle de Alcalá. Detrás, la muchedumbre coreaba un estribillo de fácil repetición: *Franco, Perón, un solo corazón.* La comitiva volvió a emprender viaje y desembocó en el Palacio del Pardo, lugar destinado a los huéspedes. Desde allí, Evita dirigió un mensaje al pueblo español, que Muñoz Azpiri había borroneado minutos antes en uno de los automóviles del séquito oficial.

Esa misma noche, cuando aún no había desempacado sus maletas, recibió los primeros regalos del gobierno español: un tapiz con la reproducción de una obra del Greco, ornado con banderas de los dos países, y una leyenda alusiva; un abanico de marfil y oro, un mantón de Murcia y un collar de filigrana de plata. En una segunda caja que trajeron los sirvientes había dos tomos de la Revista de los Oficios, una mantilla del siglo XVII, una colección de cerámica española, decenas de perfumes y objetos típicos marroquíes y una polvera con los escudos patrios.

El agobiante verano madrileño no impidió que la muchedumbre volviera a concentrarse para verla en la mañana del 9 de junio, frente al palacio. La Plaza de Oriente estuvo colmada desde muy temprano y los desmayos se sucedieron mucho antes de que Evita asomara su silueta, ataviada con un traje de fresas con adornos negros y un casquete de plumas. Franco, engalanado con su uniforme de capitán general y la banda de Carlos III, le impuso solemnemente la Orden de Isabel la Católica. Con la condecoración de piedras preciosas en su pecho, Evita no pudo resistir la tentación de usar el micrófono al advertir los estribillos que coreaba la multitud: "El general Franco —dijo— siente en estos momentos la misma emoción que Perón experimenta cuando es aclamado por los descamisados". La fiesta era total, pues el ministro de Educación había establecido asueto escolar y los trabajadores tenían autorización para faltar.

En los 15 días que estuvo en España, Evita pudo lucir la mayor parte de su guardarropa. Desde veraniegos trajes estampados, con zapatos blancos para la tarde, hasta los escotados vestidos de soirée donde refulgían sus collares y pulseras. Pero nunca imaginó que ese guardarropa se enriquecería con decenas de trajes regionales que las madrileñas fueron dejando a sus pies, en pintorescos canastos de mimbre con formas femeninas, después de utilizarlos en una maravillosa coreografía folklórica al aire libre.

La esposa de Franco, que no se separaba de ella, la acompañó a los cortos paseos por las cercanías de Madrid: Ávila, Salamanca, Medina del Campo y Segovia. Cada aldea atravesada fue un revuelo de mujeres y niños que se peleaban por los billetes de 100 pesetas que repartía a discreción. El alcalde de Madrid, José Moreno Torres, se desvivía por halagarla: consiguió obsequiarle una chimenea de cerámica valuada en medio millón de pesetas e invitarla a una corrida de toros que resultó técnicamente desastrosa, a pesar del éxito de taquilla. "Fueron a verla a ella, no a mí", se quejó el torero argentino José Rovira después de la faena, porque Evita había deslumbrado con su mantilla negra y sus claveles rojos, quitando interés a la corrida. Hasta le perdonaron que llegara media hora tarde, único caso en la historia de la tauromaquia en que los aficionados no protestaron por la demora del espectáculo.

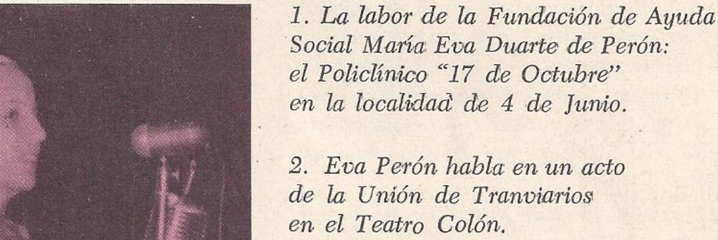
Una gran experiencia

Tanto despliegue terminó por engendrar una displicencia que la visitante se jactó de exhibir continuamente. Ya no llegó a horario a ninguna parte y se regodeaba en hacerse esperar. Así comenzaron a advertirlo los funcionarios del ceremonial español cuando se cumplieron las visitas al interior de la península.

El 18 de junio Evita llegó a Toledo acompañada por el general Moscardó. Un niño que



1



1. La labor de la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón: el Policlínico "17 de Octubre" en la localidad de 4 de Junio.

2. Eva Perón habla en un acto de la Unión de Tranviarios en el Teatro Colón.



2

se colgó del automóvil empezó a corear su nombre. Ella quiso tranquilizarlo con un billete de 100 pesetas; pero se llevó un chasco, porque el chiquillo apartó la mano y le gritó secamente: "No quiero duros, quero esa escarapela". Era la insignia que llevaban en el capot del coche y hubo que dársela.

Al otro día visitó Sevilla, pero antes de abandonar Madrid quiso responder a una andanada de la oposición radical, que las agencias noticiosas habían llevado a Europa: "Se ha dicho que vine a formar el eje Buenos Aires-Madrid. Es mentira, vine a tender un arco iris de paz". Esta frase fue grabada y retransmitida en la Argentina. Sevilla la recibió pomposamente y la alojó en el majestuoso hotel Alfonso XIII, cuyas paredes habían sido revestidas de brocato rojo, y sus muebles sustituidos por piezas de museos. Antes de enfrentarse a esa *boiserie*, Evita recorrió las 20 cuadras que unen el aeropuerto con el hotel, a bordo de una carroza, acompañada por el alcalde, conde de Villalonga. Una doble fila de sevillanas apostadas a lo largo de todo el trayecto iba arrojándole pétalos de rosas y soltando palomas a medida que avanzaba la comitiva. En el Ayuntamiento la colmaron de regalos (peinetones, mantillas, joyas), que un paje le iba ofreciendo sobre un almohadón rojo, luego de llegar hasta ella tras un largo pasillo y esperar la explicación de cada objeto por parte del alcalde, que los guardaba en un arcón.

Granada repitió la pomposidad de las fiestas sevillanas, aunque con un espectáculo inusitado: una noche oscura en la Alhambra, bajo la tenue y encantadora luz de la luna (lograda artificialmente, con reflectores teatrales), envuelta en el romanticismo de violines y arpas escondidos estratégicamente en cada rincón. También visitó la tumba de los reyes católicos, cuyas siluetas se recortaban en mármol sobre cada ataúd. Alguien hizo notar que la almohada donde reposa la cabeza de Isabel está más hundida que la de Fernando "porque su cerebro siempre fue más pesado y mejor que el de su marido". Evita no pudo contener su respuesta: "En todas partes es así . . ." Se sintió envanecida, halagada, tan reina como aquella reina; siguió recorriendo el templo distraídamente y perdió sin advertirlo la pesada condecoración de Franco. Justamente la Orden de Isabel la Católica, que la policía recién recuperó al día siguiente.

Sesenta mil gallegos fueron a recibirla en el pueblo pesquero de Berbes y le obsequiaron la réplica de una barcaza. Les repitió frases de Perón (que Muñoz Azpiri llevaba anotadas en una libreta) y pontificó: "En la Argentina trabajamos para que haya menos ricos y menos pobres. Hagan ustedes lo mismo". Esa misma noche, la del 19 de junio, Vigo la agasajó con su máximo esplendor cuando los salones dispuestos para la recepción se abrieron de par en par y descubrieron una larga mesa forrada de claveles con los colores de ambos países, bordeando sinuosamente los finos chorros de agua que se entrecruzaban de un extremo al otro del mantel y que compaginaban una pequeña fuente.

La visita a España concluyó en Barcelona, donde le prepararon una función especial de *Sueño de una noche de verano*, en un anfiteatro al aire libre iluminado con gigantescos candelabros. La invitación era para las 9 de la noche, pero se hacía tarde y se lo advirtieron varias veces.

—Señora, son las 10 y media. ¿No cree que esa gente se va a sentir molesta? —dijo una modista.

—No se preocupe, Asunta, yo no tengo apuro. A mí no me impone horarios nadie. Ni mi marido . . .

"La verdad es que cuando llegamos vimos realmente el *Sueño de una noche de verano* en la platea, porque estaban todos dormidos. Las velas se habían consumido y hubo que cambiarlas. Eran las 12 de la noche", evoca Lilian Guardo, después de explicar "la soltura con que Eva se manejaba frente a los funcionarios que la atendían, haciendo gala de una vivacidad tan compradora que la convirtió en una niña mimada para los españoles". Eran los años en que la miseria ahogaba a España y sus hombres y mujeres soñaban con la riqueza argentina, a través de los paquetes y cartas que les llegaban desde Buenos Aires, la ciudad cubierta de oro y sol a la que todos ansiaban viajar. Evita, que conocía esa psicosis, se ofreció como madrina de todos los niños que nacieran durante su estancia en la península, y anunció a Franco su decisión de enviarle un barco argentino cargado de trigo como donativo para el pueblo. El caudillo, que ambicionaba un empréstito, algo más duradero que el trigo, ensayó una respuesta fanfarrona:

—Pero, señora, no necesitamos nada. Tenemos tanta harina que no sabemos qué hacer con ella.

—Entonces, ¿por qué no la ponen en el pan?

Era una contestación tan irreverente como su despiadado trato hacia el embajador argentino en España, doctor Radío, a quien no le perdonó su ausencia en el aeropuerto de Barajas el día del arribo. El diplomático llegó tarde, con la corbata torcida y las ropas desgarradas por una multitud que le impedía pasar, y nunca pudo lavar su pecado. Ella se lo hacía notar frecuentemente, como aquella vez en que Radío interrumpió al director del Museo del Prado para ampliarle conocimientos sobre el Greco y fue castigado con esta reprimenda: "Usted cállese la boca, que no sabe nada. Déjelo hablar al señor".

Sus sonrisas, que repartía a raudales, junto con los billetes de 100 pesetas, eran para los españoles. Se sentía a gusto entre ellos y así se lo confesaba a sus acompañantes: "Estos gallegos son macanudos. Tutean a todo el mundo. Además, aquí no hay políticos, no hay oposición, nadie critica y se respeta al gobierno". Lo decía con sinceridad, al extremo que llegó a pedir la libertad de los terroristas que habían hecho estallar una bomba en la embajada argentina poco antes de su llegada a Madrid.

Barcelona la despidió triunfalmente el 25 de junio y hasta allí se llegó expresamente el Generalísimo Franco, luego de vencer el miedo que le producía viajar en avión. No lo hacía desde 1937, cuando, en plena guerra civil, el general Emilio Mola murió en un accidente de aviación. Se animó a volar porque el ministro de Aeronáutica, general González Gallarza, le prometió pilotear la máquina.

En Italia y con el Papa

A las 5 de la tarde del día 26, Evita aterrizó en el aeródromo de Ciampini, donde la recibieron el canciller, conde Carlos Sforza; el encargado de negocios de la Santa Sede, Federico Quinta; la esposa del *premier* Alcides De Gásperi y el embajador argentino en Roma, Rafael Ocampo Giménez. Ochenta niños vestidos de azul y blanco agitaron sus pañuelos (mientras ella era retenida en la escalerilla del avión para ser fotografiada) enviados por la Obra Social Italiana. Al día siguiente fue recibida en audiencia especial por el Papa Pío XII, quien le concedió 25 minutos en la biblioteca del Vaticano. La desazón que le produjo recibir un simple rosario en lugar del marquesado pontificio o la Rosa de Oro, condecoraciones a las que aspiraba desde largo tiempo atrás, fue disimulada con una cáustica sonrisa al salir.

—Señora, ¿cómo le fue? —preguntó Dodero.

—Bien.

Ese "bien" sirvió de contraseña para que el empresario naviero depositara una pequeña donación, acorde con el obsequio. Era la venganza que había premeditado para esa ocasión, cuando sospechó que podía ser defraudada. "A mí me dijeron que el marquesado vale 150 mil pesos y que hay que entregarlos como donación, a la salida. Pero para no ensartarnos, vamos a hacer una cosa. Usted, Dodero, me pregunta cómo me fue. Si yo digo *excelente*, es el marquesado; *muy bien*, la Rosa de Oro, y *bien* equivale a un regalo más chico".

Mientras Evita recorría la residencia de los Borgia, el Salón Ducal y la Capilla Sixtina, un centenear de jóvenes se tomaban a golpes de puño frente a la embajada argentina, reeditando las viejas discusiones entre fascistas y antifascistas. "Ni Mussolini ni Perón", rezaba uno de los cartales que secuestró la policía luego de llevarse detenidos a 30 exaltados. La primera ceremonia oficial a la que Evita asistió en Italia fue la colocación de una ofrenda floral en la tumba del soldado desconocido, a la que llegó una hora después de lo anunciado. Fue allí donde observó, además de algunos rostros fastidiados por la espera, los síntomas de pobreza que se reflejaban en los modestos vestidos de las esposas de los diplomáticos

y funcionarios italianos. Eso, y la opinión de un médico, que le aconsejó no exagerar el ritmo de agasajos, la decidieron a cancelar todos los viajes al interior de la península, con una sola excepción: Milán, la ciudad rica, donde visitó la Feria Internacional y volvió a recibir las empalagosas atenciones del conde Sforza, empeñado en elogiarle "su belleza, su finura, su vitalidad". La fatiga terminó por recluir a Evita en Rapallo, una villa cerca de Roma, donde vivía la colectividad argentina más importante. Seis días de descanso le permitieron recuperar energías y abandonar Italia, no sin antes conocer Génova. Su itinerario incluyó Lisboa y allí se produjo la inesperada entrevista con el príncipe español Juan de Borbón, heredero del trono, a quien quiso conocer a pesar de las sugerencias diplomáticas.

—No es conveniente, señora. Después de los agasajos recibidos en España, a Franco no le va a caer bien que usted visite a este señor...

—Yo voy donde me da la gana y no tengo que pedir permiso a nadie. Si al *gordo* no le gusta, mala suerte.

Con idéntica arrogancia Evita canceló su viaje a Gran Bretaña "porque los reyes tenían demasiadas pretensiones".

París en vez de Londres

Mientras Evita asistía a las brillantes recepciones de España e Italia, desde Buenos Aires se seguían con interés las reacciones que despertaba su anunciada visita a los reyes de Inglaterra.

Poco antes de partir, el día que Freire la despedía en la Secretaría de Trabajo y Previsión, el Foreign Office había anunciado su esperanza "de que la señora María Eva Duarte de Perón visite Londres, donde será objeto de las cortesías debidas a su condición de esposa del Jefe de Estado de un país amigo, aunque la invitación no revista carácter oficial". Allí comenzó la sórdida guerra de cablegramas, llamadas telefónicas y comentarios periodísticos en torno a la probable vista a Inglaterra. Mientras ella paseaba por Europa, los diarios londinenses iniciaron sus conjeturas. "La señora de Perón ha sido invitada a conocer el Palacio de Buckingham, pero no a alojarse en él. Esto rompe con la tradición inglesa, pues en 1942 la señora de Roosevelt, y tres años antes la esposa del presidente francés Lebrun, fueron hospedadas en el Palacio", puntualizó el *Daily Express*.

Un consejero de la embajada argentina en Londres, Gervasio Videla Dorna, fue enviado a Madrid para explicarle a Evita que "es un poco difícil que pueda visitar a los reyes en Buckingham, porque para la fecha convenida estarán en Sandringham". A su vez, la Cámara de los Comunes se irritaba por su anunciada visita y se escuchaban frases como ésta: "Es horroroso pretender que rindamos pleitesía a quien fue recibida triunfalmente por el franquismo y sus pelotones de fusilamiento". Un legislador laborista, Lord Strabolgi, la defendió: "Es lógico que esa señora vaya a España. Es su madre patria. Yo la comparo con Eleanor Roosevelt; se interesa por la política y fomenta instalaciones hospitalarias y obras sociales de envergadura". Algunas acusaciones de que "Argentina ponía el revólver en el pecho, imponiendo precios exagerados a su trigo y especulando con el hambre mundial", fueron rebatidas con estos descargos en la propia capital británica: "¿A qué tanto alboroto? ¿Por qué no se protestó cuando llegaron los dos buques cargados de carne argentina que envió la señora de Perón en la última Navidad?", editorializó *The Observer*.

Todo esto desencantó a Evita, quien no imaginaba que hubiera que discutir tanto su presencia. O la recibían como a las demás, o no iba. Hasta último momento mantuvo la esperanza de que los reyes británicos abandonaran su residencia escocesa y bajaran a recibirla en Londres el día de su llegada. Pero la confirmación del programa destrozó completamente sus ilusiones. El embajador argentino en Gran Bretaña, Ricardo Labougle, habló por teléfono a Rapallo para convencerla:

—Inglaterra la invita semioficialmente, señora. La reina no estará para su llegada, pero ha prometido invitarla a tomar el té en el Palacio de Buckingham.

—Dígale a la reina que si no es capaz de invitarme oficialmente, yo no tengo interés en conocerla.

—Pero señora, es normal que la reciban así. No hay ningún motivo para desairarla.

—Si digo que no voy, no voy.

El diálogo se cortó abruptamente y recién 10 días después, el 21 de julio, el Foreing Office anunció oficialmente que la visita había sido "cancelada por la propia interesada". Pero ese mismo día, Evita llegaba a París y resplandecía en su traje blanco y su sombrero de paja en el aeropuerto de Orly, mientras el canciller francés George Bidault se inclinaba reverentemente para besarle la mano. Poco le importaba el anuncio inglés en momentos en que recibía nuevos agasajos y compartía la mesa con el presidente Vincent Auriol ("que al fin y al cabo es uno de los nuestros, sin coronita") en el fastuoso castillo de Rambouillet, residencia presidencial de verano.

Los franceses también discutieron arduamente si convenía o no que ella los visitara. La imagen fascista del gobierno de Perón aún no se había diluido, y el poderoso Partido Comunista jaqueaba la invitación oficial. Sin embargo, el embajador francés, conde Wladimir d'Ormesson, pudo anunciar en la Cancillería argentina que "la señora de Perón es invitada oficial del presidente Auriol" antes que partiera hacia Europa. Se discutió mucho si la invitación era o no oficial y hasta el Partido Socialista de la Argentina se lamentó de que "el gobierno francés, donde están representados tantos



Eva Perón y la señora de Mercante en 1949.

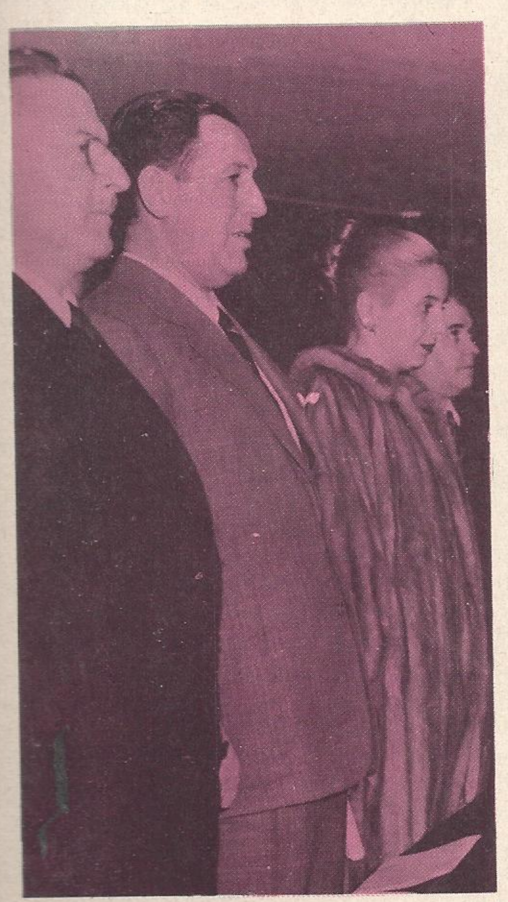


1

1. Ceremonia de la proclamación de los Derechos de la Ancianidad: Mercante, Juan y Eva Perón, Carrillo y Quijano.

2. Mercante, Juan y Eva Perón en 1949.

3. El matrimonio Perón felicita a los triunfadores del Primer Campeonato Infantil de Fútbol del Gran Buenos Aires en enero de 1949.



2



3

compañeros, la haya invitado". Precisamente, la influencia de la SFIO (sigla del socialismo francés) fue la que decidió la invitación, y a ella se sumó el editorialista del *France Soir* cuando escribió: "Será recibida con la tradicional cortesía francesa, especialmente tratándose de una mujer hermosa".

Esto último fue lo que sorprendió a Bidault en el aeropuerto. Cuentan quienes estuvieron en Orly que al abrirse la portezuela del avión, el canciller francés soltó una sonrisa y exclamó: "Qu'elle est jeune et jolie!" ("¡Qué joven y bonita!"). Claro que no todos serían elogios; también hubo algunas advertencias. "Tengo la obligación de informarle que si usted llega tarde a las recepciones, como lo hizo en España, va a ser desairada. No le otorgarán condecoraciones", le susurró al oído la señora Beba Chevalier de Victorica Roca, esposa del embajador argentino Julio Victorica Roca. Evita obedeció, pero lo mismo notó que escaseaban los obsequios, y antes de que ensayara una venganza hacia el cuerpo diplomático, Dodero se movilizó por su cuenta y obtuvo para ella un baúl cargado de productos de Chanel y otro de Marcel Rochas. Esta última firma le organizó un gigantesco desfile de modelos con creaciones exclusivas de las casas más importantes, pero ella respondió a la invitación aduciendo que había venido a Francia "con una misión demasiado importante como para distraerme un instante en la satisfacción de mis gustos personales". La verdad es que estaba ansiosa por asistir, pero la señora de Victorica Roca también le advirtió que la situación posbélica de ese país era agobiante y que "sería muy mal vista su presencia en esos salones". El desfile se hizo lo mismo, pero otro día y en forma reservada. Muy pocos supieron de su realización y nadie pudo fotografiar a Evita deleitándose con la alta costura parisiense. Fue allí donde sus dos modistas tomaron contacto con afamados diseñadores y ordenaron el envío regular de exclusividades a Buenos Aires, de acuerdo con su talle.

"En Francia comenzó mi labor de traductora, hasta ese momento casi inusual —evocaría Lilian Guardo—, y debí arreglármelas para que el diálogo entre Eva y Bidault no se frustrara."

—Lilian, háblele de Mercante. Dígale que está cumpliendo una gran obra —insistía Evita.

La señora de Guardo se esforzaba por atenuar esos ímpetus y recurría a frases diplomáticas; daba vueltas en torno al tema para conciliar de algún modo lo que quería saber Bidault y lo que intentaba decirle Evita. Pero ésta se dio cuenta de que la traducción no era fiel: "Pero, Lilan, yo no oigo que usted hable de Mercante".

Tras lucir la pieza más lujosa de su guardarropa (un vestido de lamé dorado con capa del mismo color) en la fiesta del Círculo Latinoamericano, y recibir muestras de simpatía en el restaurante Bois de Boulogne, Dodero la convenció de que visitara una *boîte*. Se resistía a ir por temor a los comentarios de la prensa ("Van a decir que ando de juerga"), pero accedió cuando le garantizaron que el espectáculo se reducía a un simple show musical. El lugar elegido se llamaba Les Ambassadeurs y 40 violinistas le dieron la bienvenida. Dos payasos enfundados en un disfraz de camello recorrieron las mesas haciendo chistes a los espectadores y cuando se acercaron a Evita quisieron halagarla; tomaron flores de un pequeño jarrón y se las ofrecieron con una reverencia. Al día siguiente, se firmaba un tratado comercial franco-argentino, por el cual el gobierno de Perón concedía un préstamo de 150 millones de pesos. Bidault aprovechó para recordar al embajador Victorica Roca que la Argentina acababa de prohibir la importación de automóviles, champaña, perfumes y artículos suntuarios, "precisamente lo que producimos nosotros".

En París, las mucamas que atendían la *suite* presidencial del Hotel Ritz, donde se alojó, habían quedado maravilladas por sus historias, después de conocer el diálogo que sostuvo con una manicura a través de la señora de Guardo.

—Lilian, pregúntele cuánto gana.

—Algo así como 30 pesos por mes.

—Dígale que en Buenos Aires las manicuras ganan tres veces más y tienen beneficios sociales. Cuéntele todo lo que hace Perón por los trabajadores.

Después de una frondosa explicación, la mujer se arrodilló a los pies de Evita y comenzó a suplicar en francés.

—¿Qué dice?

—Que quiere ir a Buenos Aires y pide que usted le facilite el traslado, porque no tiene un centavo.

La residencia de Dodero, en Biarritz, le sirvió de descanso en su viaje a Montecarlo, donde recibió la Medalla de Oro del Principado de Mónaco. El 4 de agosto llegó a Ginebra en un tren especial, y de allí partió para Berna. La capital suiza le depararía el momento más difícil del viaje. Cuando ascendía al automóvil, junto a la estación ferroviaria, una lluvia de tomatazos se descargó sobre ella, aunque con tan mala puntería que hicieron impacto en el ministro de Relaciones Exteriores suizo, Max Petitpierre; Evita se sorprendió, y luego, al ver la ridícula figura del canciller chorreando jugo de tomate, no pudo contener su carcajada. Era una forma de soltar la tensión nerviosa, pero pronto volvió a evidenciar una mueca de temor cuando una andanada de piedras hizo añicos el ancho parabrisas de su automóvil e hirió en un brazo al chofer. Su visita a Suiza terminó al día siguiente.

(La lluvia de tomatazos obligó a una exhaustiva investigación a través de las embajadas. El informe de esa investigación señaló como única instigadora a Jovita García Mansilla de Bemberg, casada con Federico Otto, el primogénito de Otto Sebastián Bemberg, lo que sugirió a Evita la idea de preparar un proyecto de ley tendiente a expropiar todos los bienes de sus enemigos más enconados. Esta revancha recién se cumplió en 1954, cuando las empresas del grupo industrial Bemberg pasaron a poder de los snidicatos respectivos. Evita ya había muerto, pero en la CGT —donde reposaba su cadáver— fueron depositadas todas las acciones de la Cervecería Quilmes, el gran emporio de los Bemberg.)

Una breve escala en Lisboa permitió a Evita hablar una hora por teléfono con Buenos Aires. Perón, temeroso por los accidentes que acababan de registrar los aviones de FAMA, le ordenó que regresara en barco. Y la autorizó a donar dos mil toneladas de trigo a España y mil de maíz a las Canarias, antes de embarcarse en el puerto de Dakar, a bordo del transatlántico Buenos Aires. El 17 de agosto arribó a Recife y de allí voló a Río de Janeiro, donde se celebraba la Conferencia Interamericana de Cancilleres. El Hotel Quitandinha, sede de la asamblea, le hizo un lugar junto a los diplomáticos latinoamericanos, y ella no titubeó en sentarse al lado del ministro Juan Atilio Bramuglia y formular declaraciones a la prensa. El presidente Eurico Gaspar Dutra le preparó un agasajo en Petrópolis, del que se excusaron la mayoría de los miembros de la delegación norteamericana. El 20 de agosto llegó a Montevideo y aprovechó la recepción oficial para hacer una sugerencia: "Estoy empeñada en una cruzada por los derechos cívicos femeninos. Ustedes deberán hacer lo mismo para que no haya diferencias en ambas orillas". El presidente Luis Batlle Berres le informó prudentemente: "Señora, aquí la mujer vota desde los tiempos de Batlle y Ordóñez . . .".

Una ruidosa muchedumbre la esperaba ansiosamente en el puerto de Buenos Aires, 24 horas después, con su estruendoso coro de sirenas que las barcazas y los remolcadores hacían sonar desde temprano. Cuando el "Ciudad de Montevideo" entró en la dársena Norte, a las 3 de la tarde, Evita se sintió excitada y descontrolada. Agitaba un gran pañuelo blanco y lloraba constantemente. No podía estar quieta; su tapado de piel y su sombrero la identificaban fácilmente, hasta que bajó por la planchada y se arrojó en brazos de su marido. Perón ostentaba la misma sonrisa de siempre, la que usaba para recibir tanto a un presidente extranjero como a su propia mujer. Ella no. Estaba evidentemente perturbada, con ganas de abrazar a todos y de llorar con todos.

El ejercicio de la política

Instalada en una oficina del cuarto piso del Correo Central, que Oscar Nicolini le habilitara donde antes funcionaba la Dirección General de Comunicaciones, Evita comenzó a ejercer funciones políticas, apenas regresó de Europa. Atendía desde muy temprano a hombres y mujeres que iban a pedirle ayuda, muchos de ellos cargados con chicos y arrastrando parientes viejos y enfermos. En

pocas semanas, el lugar se convirtió en una corte de los milagros que atosigaba los pasillos del edificio y obstruía el normal funcionamiento del Correo Central.

Entonces hubo que mudar su despacho a otro lugar más apropiado, y decidió instalarse en el edificio de la Secretaría de Trabajo y Previsión, que antes ocupara el Concejo Deliberante. El traslado no impidió, sin embargo, que muchos decideran anticiparse a esas largas colas y acudieran directamente a la residencia presidencial de Palermo.

Perón, que acostumbraba madrugar, salía de la residencia a las 6 de la mañana y se levantaba a las 5. Evita, lo hacía dos horas después. Desayunaba a las 8 y recibía a los postulantes. Luego partía a su despacho, con una breve escala en la Casa Rosada, donde conversaba entre diez y quince minutos con el marido. Al principio viajaba en uno de los Cadillac asignados a la Presidencia, sólo acompañada por el chofer. Pero luego de una visita a una fábrica de Avellaneda, donde sufrió un sofocón por el apretujamiento, Perón resolvió otorgarle una custodia policial, que hasta ese momento ninguna primera dama había tenido. El presidente pidió al jefe de su guardia, comisario inspector Herminio Antonio Fassio, "el mejor de sus hombres para proteger a la señora". Y Fassio se desprendió del joven inspector Carlos María Antequeda (28 años), a quien confió la jefatura de los guardaespaldas de Eva Duarte. Su evocación suele ser emotiva: "Ella tenía una capacidad de trabajo asombrosa y un entusiasmo increíble por lo que hacía. Jamás he visto una voluntad más férrea. Empezaba a las 8 ó 9 de la mañana y se detenía a las 2 de la tarde para comer algo liviano, un *consomé* con ensaladas y algunas frutas; después no paraba hasta las 11 de la noche. Si había algún problema sindical, regresaba a veces a las 5 de la mañana. Nos agotaba a todos: seguían su ritmo diez policías, en dos turnos de 5 cada uno, y yo al pie del cañón. No me extrañé cuando circularon rumores de que estaba anémica. Claro que nunca imaginé que tenía cáncer". Antequeda todavía recuerda los vestidos sencillos que usaba, "sobre todo uno a cuadritos, que se ponía muy seguido".

Evita tuvo una sola secretaria y por poco tiempo: Isabel Ernst, hija de alemanes y amiga del coronel Mercante; pero pronto debió abandonar esa misión, al advertir que la señora de Perón prefería manejarse sola, sin sugerencias de nadie y menos de otra mujer. Ella se sabía el complemento ideal de su marido: había dado muestras de valor durante los difíciles días de octubre de 1945, cuando la entereza del coronel flaqueaba mientras crecía su liderazgo, y su participación fue decisiva para reclutar a los encargados de liberarlo. Una actitud que precipitó su casamiento y la ligó defintivamente al hombre que la llevaría de la mano, aun sin proponérselo, hasta la cima del estrellato político. Perón, que había aprendido a no confiar en nadie, a no tener amigos, veía en su segunda esposa (24 años menor que él) a una joven apasionada por sus mismos objetivos, dispuesta a acompañarlo en la lucha. Lo que seguramente no calculó fue la intensidad con que su mujer se entregaría a esa lucha.

"Evita sublimó su femineidad por dedicarse a la política. Una vez en el poder quiso gobernar; ya no le interesaba Perón como marido sino como gobernante. Y quiso ser más peronista que él. Cuando lo mencionaba en sus discursos hacía desmedidos elogios de *la heroicidad del General y sus grandes virtudes morales*; pero en sus conversaciones íntimas con los allegados pintaba otra imagen. Su personalidad creció proporcionalmente a su pasión por el poder, y difícilmente Perón hubiese sido derrocado de haber sobrevivido ella. Lo habría obligado a resistir". Así explica el doctor Ricardo César Guardo las relaciones de la pareja, a quien le tocó vivir un episodio definitorio ocurrido en 1946, poco después de asumir el nuevo gobierno.

—Guardo, cíteme a todos los ministros de confianza para las 3 de la tarde en el Correo —le ordenó Evita por teléfono.

—Señora, creo que no va a ser posible porque a esa hora hay reunión de gabinete.

—Usted los cita igual. Cada uno sabrá lo que tiene que hacer.

"Por supuesto, la reunión en la Casa de Gobierno fracasó porque la mayoría de los convocados estaba en el despacho de Evita y llegaron demasiado tarde, cuando los ministros militares ya se habían retirado furiosos. Vanamente Perón buscaba en ella ternura; sólo le retribuía con política".

Al regresar de Europa, el equipaje de Evita había crecido desmesuradamente. Fue necesario despachar los obsequios recibidos —cuyo inventario y control quedó en manos de Julio Alcaraz, una de las personas más cercanas a la señora de Perón— en otro barco, que llegó a Buenos Aires algunos días después de su dueña.

En su instituto de belleza de Córdoba y Florida, en el centro de Buenos Aires, Alcaraz suele recordar aquella historia de este modo:

"Conocí a Evita en Pampa Films, donde peiné a las actrices durante veinte años. Cuando se filmó *La carga de los valientes*, vino con una foto de Bette Davis y me dijo: "Quiero estar así, como ella". Era altanera y no quise discutirle; pero la peiné como se me dio la gana. Pretender un peinado de 1940 para un vestuario de 1876 no tenía sentido. Se aguantó el cambio y no dijo nada, pero nos hicimos amigos. Pocos años después, en *La cabalgata del circo*, le decoloré el cabello y fui acentuando las tinturas hasta que decidió quedarse rubia. Seguí peinándola en mi negocio de Esmeralda y Paraguay, hasta que instalé este instiuto."

Fue precisamente en ese instituto donde Evita aprovechaba para recibir a personas que no querían hacerse notar. "Aquí vinieron muchos gerentes de empresas privadas que apoyaban al peronismo sin dar la cara. Ella los atendía en un camarín privado y charlaba mientras yo la peinaba. Nadie iba a imaginar que en este lugar se trataban cuestiones políticas. Convertido en un ayudante insustituible, Alcaraz fue incluido en la comitiva europea. "Me pidió que la acompañara no sólo para peinarla, sino también para que custodiara sus joyas, y me confió una valija de cuero de chancho que le prestó Perón, donde había dos millones de pesos en alhajas. Cuando llegamos a París le enviaron una bolsa con 5 kilogramos de joyas para que eligiera y, como no era tońta, se quedó con lo mejor. Al volver debí hacerme cargo de tres valijas en lugar de una. Todos los vestidos que lucía en el viaje eran de la casa Henriette, salvo algunos que Dodero le regaló en Europa".

Era la época en que Evita aún se sentía la primera dama, como lo explica Juan José Sabrelli (*Eva Perón, ¿aventurera o militante?*): "En ese período luce complicados peinados y exhibe un variado guardarropas, donde se amontonan los tapados de visón, las creaciones de Christian Dior, Fath, Balenciaga; los sombreros de Paulette y Reboux; los zapatos hechos en Florencia por Ferragamo, o en París por Perugia; las joyas confeccionadas por Van Cleef y Arpels". Sus primeras alhajas habían sido compradas en el país, en los días en que se deleitaba eligiendo pulseras y prendedores en la joyería de Luis Ricciardi, después de cobrar el cachet de sus últimas películas. Una vez en el gobierno, Evita solía visitar esa casa acompañada de su madre, para elegir regalos.

Los peinados de Evita, apenas convertida en Primera Dama, fueron aparatosos; hasta que, según Alcaraz, logró convencerla de que la línea más favorable era la sencillez. "Me costó trabajo —relata— porque se había acostumbrado a llevar el pelo suelto. Se lo fui tirando hacia atrás poco a poco, aprovechando el apuro que solía tener antes de salir de la residencia; así terminé por dar forma defintiva a ese famoso recogido con un simple rodete que le diera tanta personalidad. A veces, cambiaba el rodete por una trenza, y me era más fácil aún peinarla. En cinco minutos, con un par de horquillas y un postizo, la tenía impecable. Siempre me aseguraba dos o tres postizos con el tono de su cabello." Pocas veces Evita intentó contradecir a su peluquero, por quien sentía una especial predilección.

—Julio, cortame el pelo —ordenó una tarde.

—Yo no le corto nada. Llame a otro.

—Pero . . . , ¿no ves que todas lo usan cortito? A mí me dijeron que me tiene que quedar bien.

—Córteselo, pero después que venga otro a peinarla en cinco minutos para ir al Colón.

En Granada, antes de una fiesta exigió a Alcaraz que repitiera uno de los peinados lucidos en el Colón: "Sólo si se pone el mismo vestido de aquella vez", accedió el pelu-

quero. Alcaraz, testigo impenetrable de muchas confesiones de Evita ("Me contaba todo"), había rechazado un ofrecimiento político de ella en la noche del 22 de octubre de 1945, pocas horas después de celebrado el matrimonio con Juan Domingo Perón, en Junín.

—Inscribite en el Partido Laborista y te hago convencional. Después podrás ser diputado.

—Déjeme vivir tranquilo —respondió Alcaraz—: no me interesan esas cosas.

Otro miembro de la comitiva europea, Francisco Muñoz Azpiri, quien conocía a Evita desde 1943, cuando comenzó a escribirle libretos radiales, cuenta esta historia: "La verdad es que era malísima como actriz. Debíamos acentuar los fondos musicales para tapar sus fallas de dicción. Protagonizó a figuras históricas en un ciclo de biografías de mujeres célebres. Toda una premonición. Más tarde hizo un programa titulado *La voz de la calle. Hacia un futuro mejor*, que Nicolini consiguió para ella en Radio Belgrano desde su puesto en Comunicaciones".

Muñoz Azpiri atribuye su vertiginoso ascenso a una mera cuestión afectiva. Sin vacilar, explica: "Un día Eva me presentó a Perón, quien simpatizó conmigo y me designó Director general de Propaganda del Estado, en reemplazo de Sergio Chiappori". En esas funciones organizó la campaña presidencial de 1946; pero dejó su puesto al poco tiempo de iniciarse el primer período presidencial. "Cometí un error —confiesa— al rechazar la idea que me trajo un señor a mi despacho. Proponía hacer distintivos con la efigie recortada del general, para usar en la solapa. Dije que no, pensanado en factores psicológicos, porque no creí que tuvieran aceptación de acuerdo con el modo de ser argentino. Al día siguiente me llamó Eva: *¿Pero vos estás loco? ¿Cómo rajás a un tipo que fue a ofrecerte una propganda así? Perón está furioso con vos.* Y quedé como la mona por hacerme el psicoanalista. Todos se prendieron chochos el escudito en la solapa."

Evita le encontró una nueva ocupación: redactar sus discursos. Él entregó siete distintos sobre los derechos cívicos de la mujer, y cuando acudió a despedirla al aeropuerto, Perón lo vio y lo hizo llamar. Faltaban escasos minutos para que el avión levantara vuelo y Muñoz Azpiri fue sorprendido con estas palabras del presidente: *Embárquese y redacte el primer discurso de acuerdo con estas instrucciones.* Le alargó un papelito y lo despidió: "No pude decir nada; subí al avión con lo que tenía puesto: un traje y un sobretodo, y recién en la primera parada, en Natal, Brasil, telegrafié a mi flamante esposa para avisarle que me iba a Europa. En el aire escribí un discurso para que Eva agradeciera la Orden de Isabel la Católica. España fue una recepción fabulosa, pero tuve que ir derechito al hotel y quedarme dos días encerrado hasta que me hicieran la ropa para los agasajos. Después preparé los discursos para Sevilla y Barcelona, y abandoné la comitiva para volver a Buenos Aires".

La fundación de ayuda social

Pocas semanas antes de asumir las nuevas autoridades nacionales, en mayo de 1946, Evita todavía confiaba en ser honrada con el cargo de presidenta honoraria de la Sociedad de Beneficencia, investidura que tradicionalmente se confería a la esposa del primer magistrado. Pero no fue así. Las damas de la aristocracia habían decidido vengar su derrota en las urnas con un pretexto para desairarla: "Es demasiado joven". Cuando fue notificada verbalmente por uno de sus allegados, esa decisión no la tomó desprevenida, pues ya le habían advertido que "las niñas bien han de cerrarle todas las puertas de la alta sociedad". En un rasgo de ingenio, comentó: "¿Así que yo soy demasiado joven para ellas? Y claro, es un defecto que no me pueden perdonar las viejas . . .".

Con inocultable fastidio, Evita resolvió disputarle todos los terrenos a la oligarquía. Empezó por demostrar a quienes le cerraban el paso que podía ser tan elegante como ellas si contaba con idéntico guardarropa y similares alhajas; y quiso vencerlas con la misma arma que habían utilizado para omitirla: su juventud. Pronto habría de lucir resplandeciente en las páginas satinadas de *El Hogar*, con su piel blanca y fresca desafiando los escotes más pronunciados, y envuelta en joyas y estolas de visón. Eran sus únicas aparicionoes como primera dama, pues los diarios ignoraban su actividad en las semanas iniciales del flamante gobierno. Las crónicas cotidianas preferían situar la información en el personaje central, Perón. El viaje a Europa permitió a Evita gozar de los halagos de su investidura y saborear el poder, siempre con miras a competir en el mismo terreno de la oligarquía. Así lo interpreta, por ejemplo, David Viñas: "Eva Duarte, a través de su viaje, materializa una vieja aspiración compensatoria, a la vez que contribuye a montar el espectáculo de su propia *purificación* (objetivada en la infinila serie de fotos rezando que le sacan en España). A la vez se pretende equipararla socialmente a un modelo de esposa presidencial con su pasaje entre madrinas, señoras, curas confesores y diestros y el cierre de la bendición papal". Una fastuosidad que había logrado atraparla de tal modo que, a pesar de las altas temperaturas con que el verano castigaba a los europeos, no titubeaba en abrigarse permanentemente con pesadas pieles.

Pero, aun dentro de esas trivialidades, Evita ya había comenzado a cultivar el poder político. Una obligación que se impuso cuando advirtió que debía cuidar el nivel alcanzado. Lilian Guardo fue testigo de sus comunicaciones telefónicas desde Europa: "Todos los días hablaba a Buenos Aires dos veces. Primero con Perón y después con el Congreso Nacional. Allí se movilizaban todos los ministros y altos funcionarios que aguardaban su llamada y a quienes requería detalles del gobierno e impartía órdenes precisas".

Entre las confesiones que hizo a la esposa del presidente de la Cámara de Diputados, en las habitaciones del lujoso hotel francés, ésta fue quizá la más significativa:

—Lilan, ¿usted qué ambiciona en la vida?

—Bueno . . . que mis hijos sean felices, que tengan todo lo que necesitan, material y espiritualmente.

—¿Nada más? ¿No siente ganas de figurar en la historia?

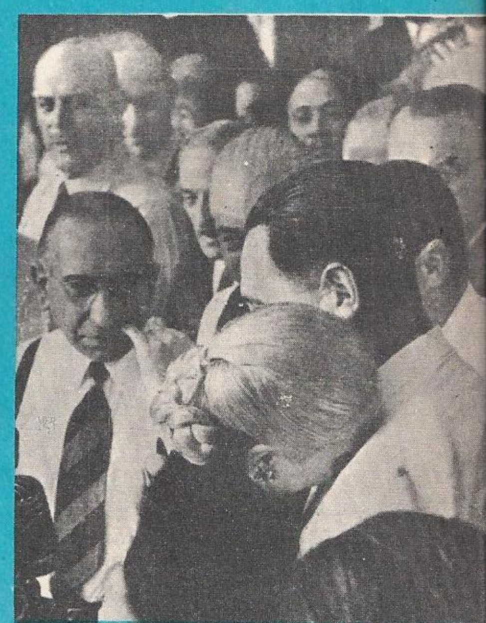
—No, la verdad es que no.

—Yo, sí.

Al regresar, Evita había conseguido ya sentar las bases para que esa ambición fructificara. En setiembre de 1947, sus lugartenientes dieron forma al proyecto de ley de voto femenino y le prepararon mitines para celebrarlo. Algunos meses más tarde, a principios de 1948, tomó forma una idea que alguien deslizara en su oído la tarde en que la Sociedad de Beneficencia le cerró las puertas: "¿Por qué no las elimina, señora, y hace usted su propia obra de ayuda social?". El 19 de junio de 1948, con un aporte personal de 10 mil pesos, Evita abrió la cuenta bancaria de la Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, la flamante entidad con que iba a sustituir a las disueltas sociedades de beneficencia. El escribano Raúl F. Gaucherón levantó el acta y el ministro Ramón A. Cereijo fue nombrado administrador. Las oficinas provisorias se establecieron en la Secretaría de Trabajo y Previsión, donde Evita había instalado su cuartel general; aunque muchas diligencias se resolvían en la propia residencia presidencial. La Fundación tenía pocos gastos administrativos, porque utilizaba personal del Ministerio de Hacienda para llevar sus contabilidades; además, para poner en funcionamiento sus engranajes, el Poder Ejecutivo aceitó el mecanismo con un decreto que ordenaba acreditar a su favor los sobrantes de las partidas de cada Ministerio, bajo el rótulo de Obra de Ayuda Social. El presidente del Tribunal de Cuentas de la Nación, Otto Rasmussen, observó esta última disposición, apelando a la Ley de Contabilidad; pero el Poder Ejecutivo hizo caso omiso y el decreto quedó firme. La objeción era puramente formal, y Perón aprovechó para citar a Rasmussen a su despacho y advertirle: "Lo he llamado para pedirle que controle todos los actos de mi Gobierno; pero también para rogarle que no los trabe." Ocho meses después, el diálogo se reanudó en estos términos. "Vea —dijo Perón—; he podido comprobar que la Contaduría de la Nación traba todo y no controla nada. Así vamos mal."

En un principio, las donaciones llegaban masiva y descontroladamente a la Secretaría de Trabajo y Previsión. Un alud de giros postales, encomiendas y cartas con dinero









1

2



4

5

1. Eva Perón en 1951.

2. Eva Perón habla por radio. A su lado el presidente Perón y el vicepresidente Quijano.

3. Quijano, Eva y Juan Perón entregan diplomas en 1949.

4. El Cabildo Abierto del 22 de agosto de 1951.

5. Eva Perón habla en un acto en favor del voto femenino.

en efectivo inundaba diariamente esas oficinas, como obedeciendo a una consigna. Es que Evita había desatado una campaña de ayuda social cuyas dimensiones ni ella misma había calculado; de todas partes llovían donaciones espontáneas estimuladas por la imagen de esa Cenicienta tocada con la varita mágica, y que encarnaba a los humildes en el poder. Eran los años ricos, en los que también brillaba la magia de Miguel Miranda. Perón había logrado despertar una euforia económica que cautivaba a todos; el dinero chorreaba de las cajas registradoras de los comercios y resultaba difícil sustraerse al llamado en favor de los pobres. Además, presurosos por congraciarse con el Gobierno, algunos industriales y comerciantes pugnaban por figurar en los primeros lugares de la nómina de donantes.
Con el propósito de estabilizar los ingresos y encauzar ese potencial, se instituyeron dos días anuales de aportes obligatorios, que los patrones debían descontar por planilla a sus obreros y empleados: el 1º de mayo y el 12 de octubre. El producido de esos jornales constituyó una base económica tan sólida que convirtió a la Fundación en una gigantesca empresa en vertiginoso ascenso. El activo de 10.000 pesos se elevó en 5 meses a 23 millones. En 1949, el balance se detuvo en un capital de 122 millones y, al cerrar el ejercicio de 1952, último de la primera presidencia, la Fundación giraba con dos mil millones de pesos.
"Con el aporte de aquellos jornales se logró el capital necesario para financiar las obras emprendidas. La mayoría de los que traían personalmente alguna donación importante, venían sólo para fotografiarse junto a la señora; lo hacían de puro *chupamedias* o para explotar sus pretendidas vinculaciones con el Gobierno", explicaría luego Cereijo, a quien Evita ratificó en el cargo de Administrador y Apoderado General "ad-honorem" el 2 de enero de 1950, mediante una conceptuosa carta. Cereijo recuerda que la administración funcionaba en el Ministerio de Hacienda, "hasta que se trasladó la Fundación a dos edificios de la avenida Paseo Colón al 500, pero que la señora no alcanzó a inaugurar porque su enfermedad estaba muy avanzada".
En setiembre de 1950, cuando Evita había ya sustituido sus pretensiones de encumbramiento social por una auténtica aspiración política, optó por acortar su nombre. Y la entidad que ella regenteaba debió cambiar su denominación mediante un decreto que la rebautizó como Fundación Eva Perón. Con ese mismo rótulo se identificaron poco después, en 1951, las proveedurías inauguradas en todos los barrios de Buenos Aires. Un color individualizaba a la Fundación en todos sus actos: el celeste. Así fueron pintadas las camionetas que distribuían sus paquetes y los frentes de los almacenes habilitados. "Esa cadena de proveedurías —cuenta Cereijo— se hizo para contrarrestar la carestia de la vida. Teníamos dos soluciones: expropiar directamente un almacén por barrio o comprarlos en nombre de una entidad privada como la Fundación. Elegimos este último camino para que los almaceneros cobraran el valor llave de su negocio y al contado. Cuando se eliminaron las proveedurías, los ex dueños volvieron a adquirirlas y pagaron un precio más barato y con facilidades."
Cuando el grupo financiero ALEA adquirió para Evita el diario "Democracia", una serie de artículos con su firma comenzó a publicarse periódicamente. En uno de ellos, titulado *Ayuda social, sí; limosna, no*, aludió directamente a las sociedades de beneficencia que por esos días (1948) lanzaban duras críticas a la Fundación: "Para los que acusan, bueno es recordarles que la ayuda social que ahora se practica nada tiene de común con la de antes. No llega a manera de limosna como caso excepcional, ni tiene antifaz de pensión, graciable. No se hace para cubrir los gastos de un lujoso departamento o el cuidado de un perrito de raza."
Evidentemente había una diferencia entre la ayuda social que prestaba la Fundación y la benevolencia de las sociedades aristocráticas. Mientras estas últimas se limitaban a mantener la subvención de algunos institutos ya arcaicos, el nuevo organismo inició la construcción de hogares de tránsito, escuelas de enfermeras, ciudades estudiantiles, colonias de vacaciones, hogares para ancianos y clínicas de recuperación infantil. La mayor inversión fue canalizada hacia la edificación de mil escuelas en todo el país y la habilitación de modernos policlínicos en el Gran Buenos Aires y las provincias del Norte y el Litoral. Aunque su éxito más espectacular lo constituyó la organización y financiación de los Campeonatos Infantiles Evita, que permitieron a millares de niños calzarse medias y zapatos por primera vez y ser revisados por un médico.
Cereijo siempre se defendió de las acusaciones que pesaban contra la Fundación con estas palabras: "Todavía hay gente que me acusa de haber extorsionado a las empresas, y yo les pregunto: ¿para qué íbamos a hacerlo con todo lo que teníamos? Los dos jornales de aporte bastaban. Tampoco hacían falta esos 70 millones que la Cámara de Diputados aprobó para la Fundación y el Poder Ejecutivo luego vetó. Perón tenía razón en hacerlo; no era justo que los legisladores quisieran quedar bien con la señora a costa del presupuesto nacional."
Las funciones de administrador-apoderado imponían a Cereijo una seria responsabilidad: "Yo firmaba 35 mil cheques por año. Por eso, al morir la señora, ordené una verificación a fondo de las finanzas y presentamos una memoria completa y al día. Así seguimos hasta setiembre de 1955, en que la revolución encontró un activo de 3.500 millones de pesos y los guardó. El estatuto era bien explícito y preveía la disolución. Al morir la fundadora, los bienes pasaban a un consejo de administración; desaparecido éste, le sucedía la C.G.T. y en última instancia el Gobierno. Si éste decidía liquidarla, el producto de su patrimonio volvía al pueblo a través de las cajas de jubilaciones afiliadas al Instituto de Previsión Social. Pero no ocurrió así. El nuevo Gobierno no integró esos 3.500 millones a las cajas (de los cuales había 600 millones en efectivo) reunidos con el aporte obrero."
Entre esos bienes figuraba el nuevo edificio construido en terrenos de la Universidad de Buenos Aires, sobre la avenida Paseo Colón, que una ley nacional había cedido a la Fundación en 1951. Los estudiantes de ingeniería tomaron por asalto esa sede de líneas grecorromanas en 1955, cuando aún no habían terminado de ubicarse ocho enormes estatutas sobre sus cornisas, y luego de bajarlas lograron colmar una de sus más caras ambiciones: instalar allí su Facultad, que por primera vez funcionó en un edificio sin estrenar.

El voto femenino

Los densos nubarrones que cubrían íntegramente el cielo de Buenos Aires la tarde del 23 de setiembre de 1947 no lograron amedrentar a las columnas de peronistas que se fueron concentrando en la Plaza de Mayo, frente a la Casa de Gobierno, para presenciar la promulgación de la ley de voto femenino. Uno de los tantos proyectos socialistas que Perón rescató de los archivos del Congreso Nacional y que Evita se apresuró a convertir en ley mediante un núcleo de diputados amigos.
Sobre el gran catafalco levantado en la calle Balcarce, una orquesta enviada por el Sindicato Argentino de Músicos interpretaba, alternativamente, canciones folklóricas y la marcha *Evita Capitana*, mientras un vehículo adornado con guirnaldas desfilaba portando una imagen de la Libertad junto a una urna electoral. Las bañaderas que llegaban de los pueblos suburbanos traían grandes cartelones y contingentes de bochincheros manifestantes, en una gran mayoría dirigentes de regionales de la C.G.T.
A pesar de que el acto constituía la primera manifestación pública en favor de una conquista femenina, la concentración sumó un porcentaje mucho más alto de hombres que de mujeres. Éstas se distinguían en pequeños núcleos que agitaban pañuelos y coreaban el nombre de Evita, agolpadas sobre el estrado. A las 7 de la tarde, en el balcón principal forrado de terciopelo rojo, aparecieron el Presidente, su mujer, el Ministro Borlenghi y el Vicepresidente Quijano. Tras el largo y delirante griterío, se entonó el Himno Nacional y luego se firmó el Decreto de promulgación de la ley. Primero lo hizo Borlenghi, sobriamente, con un simple plumazo; Perón, en cambio, aprovechó mejor la escenografía y apoyó los papeles sobre la balaustrada. Dibujó su firma con visible ampulosidad y entregó el documento a Borlenghi; éste, a su vez, se lo dio a Evita. Cada uno de esos

pasajes desataba estruendosas ovaciones. Pero el cielo encapotado obligó a los tres a abreviar sus discursos, ante la amenaza de una lluvia que comenzó a caer recién cuando la gente se desconcentraba y que precipitó un desenlace imprevisto.
"Puedo asegurarle, sin pecar de vanidoso, que yo era uno de sus Diputados favoritos", suele jactarse el abogado Eduardo Colom cuando explica su participación en aquella conquista de Evita. "Apenas regresó de Europa, la señora me pidió que apurara la aprobación de la ley de voto femenino; si era posible, para la primera reunión de la Cámara. Presenté mi proyecto a las 11 de la mañana; una hora antes que Ernesto Sammartino. A las 3 de la tarde presentó el suyo Justo Díaz Colodrero. Pero como en Senadores ya se había sancionado un proyecto del mendocino Soler, preferí sacrificar el mío para dar apoyo a este otro y ganar tiempo, a pesar de que tenía gruesos errores: la mujer ocultaba su edad en la libreta cívica." Esta operación elevó considerablemente las acciones de Colom, quien hizo aprobar rápidamente la ley con la presencia de Evita en uno de los palcos bandeja. "Me lo reconoció en el discurso de Plaza de Mayo, cuando nombró por única vez a alguien que no era su marido."
En su bufete, Colom reconstruye algunas escenas imborrables que le tocó presenciar: "Cuando uno de los que iban a buscar ayuda le pedía plata, Evita acudía al primero que tenía a mano. Como algunos Ministros siempre andaban rondando cerca suyo, los atropellaba con frases tajantes: *A ver, usted, déme tres mil pesos para esta señora.* Si se trataba de conseguir un lugar en un hospital, ordenaba al Ministro de Salud Pública: *¡Rápido, una cama para este pobre hombre! ¡Vamos, Negro!* Cuando almorzaba en el Hogar de la Empleada, lo hacía en el comedor de lujo y siempre tenía invitados. Invariablemente, a uno de ellos le hacía pagar todas las adiciones. Cereijo levantó una vez una cuenta de diez mil pesos y Velazco otra de diecisiete mil. Al salir, siempre tenía 5 automóviles a su disposición y entonces ordenaba que llevaran a sus casas a quienes la había atendido durante el almuerzo. Esos coches partían con destino a Lanús, Avellaneda o Berisso."
Esta manera de resolver las cosas intempestivamente la obligaba a rechazar planes a largo alcance. No admitía que le ofrecieran soluciones mediatas. "No tenemos tiempo para ponernos a estudiar problemas; debemos resolverlos ya. Para eso estamos viviendo una revolución.". Esta frase, Evita la repetía cada vez que se topaba con funcionarios cuidadosos de las formas y los detalles, hombres acostumbrados a examinar serenamente los problemas antes de afrontarlos.

Una de las obligaciones que Evita se impuso al llegar al Gobierno fue la de ayudar a su familia. A pesar de que no cultivaba ese cariño con frecuencia, logró una senaduría para el mayor Arrieta, casado con su hermana Elisa, e hizo Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires a otro cuñado, el abogado Álvarez Rodríguez. Este último ingresaría luego a la Corte Suprema de la Nación por el solo hecho de haber unido su vida a la de Blanca Duarte. Arrieta y Álvarez Rodríguez fallecieron mientras ocupaban aquellas funciones; en cambio, Orlando Bertolini, casado con la hermana menor, Arminda, seguiría viviendo en Junín, donde obtuvo un modesto empleo burocrático. Juancito Duarte, dos años mayor que Evita, fue el único que recibió un trato preferencial. Lo hizo designar secretario privado del Presidente y tuvo así un enlace directo y fiel con todos los actos del Gobierno. Era su mejor ayudante.
Sin embargo, para determinadas diligenicas Evita prefería acudir a la colaboración de otros funcionarios. Como la vez que pidió al Presidente de la Cámara de Diputados que la acompañara a elegir un traje de noche. "Jamás me había encontrado en una situación así —explica Guardo—, y no pude eludirla. Ella se probaba y yo esperaba afuera, pensando cómo salir del paso. Después me llamaba:
—¡Guardo!
—Señora...
—¿Qué le parece este modelo?
—Ah..., muy bonito. Está encantadora.
Cuando se probó el tercer vestido ya no sabía qué decirle e inventé un pretexto para no repetir siempre lo mismo.
—Señora, este vestido tiene demasiados adornos. Rodeada por los entorchados y los colores de los uniformes militares usted no se va a destacar. Busque algo más sencillo.
—Tiene razón. Esto es un cocoliche. No lo quiero.
Evita solía aceptar las sugerencias cuando advertía que eran acertadas, pero las rechazaba de plano si contradecían alguna de sus ideas básicas. Cuando Guardo le pidió que no fuera al Congreso con vestidos despampanentes y con tantas joyas, ella fue categórica: "Vea, a mí me quieren ver linda. A los pobres no les gusta tener una protectora vieja o mal entrazada. Ellos sueñan conmigo y yo no los voy a defraudar."

El peronismo y su rama femenina

Gigantescos retratos de Perón y Evita decoraban el escenario del Teatro Nacional Cervantes la tarde en que se reunió la Primera Asamblea Nacional del Partido Peronista Femenino. Fue el 26 de julio de 1949, exactamente 3 años antes de su muerte, cuando se inauguraron las deliberaciones del movimiento político que había engendrado con la ley de voto femenino. La mayoría de los Gobernadores provinciales había enviado sus ofrendas florales y uno de ellos, el más importante, apareció sentado en el proscenio al descorrerse el telón. Era el coronel Domingo A. Mercante, quien abrió el acto con estas palabras: "Si queréis un dechado que os fije el rumbo, tomad como ejemplo y modelo a la mujer que se ha convertido en simbolo de la lealtad, heroísmo y abnegación: la señora María Eva Duarte de Perón.".
Atribuyendo a las delegadas presentes "la representación de la totalidad de las mujeres argentinas", Evita despachó un extenso discurso donde fijó claramente los objetivos de su movimiento feminista: "Para la mujer, ser peronista es, ante todo, fidelidad a Perón, subordinación a Perón y confianza ciega en Perón." Cuando promediaba su discurso, la concurrencia pidió a Evita que descansara un rato. No quiso hacerlo y se limitó a seguir leyendo sentada aquella arenga que encendía el entusiasmo del auditorio: "Hace dos años —dijo— recibí de manos del Líder la Ley 13.010, que en su primer artículo dice que las mujeres argentinas tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones argentinos." De derechos y obligaciones políticas ya había hablado un año antes, en un editorial de "Democracia" (el 21 de julio de 1948): "Si el pueblo fuera feliz y la Patria grande, ser peronista sería un derecho; en nuestros días, ser peronista es un deber. Por eso soy peronista." Una frase que había llegado a exaltar su fanatismo tan desproporcionadamente como aquella vez en que preanunció cien años de felicidad peronista: "Así como Napoleón decía que los genios son como un meteoro que se quema para alumbrar un siglo, así el general Perón está quemando su vida para alumbrar el siglo peroniano." En realidad, quien quemaba su vida era ella misma, no su marido, a quien los opositores asignaban un supuesto cáncer al pulmón. Evita, en cambio, había comenzado a dar muestras de agotamiento físico, luego de mantener un ininterrumpido ritmo de trabajo hasta altas horas de la madrugada. Claro que esos síntomas tenían otro origen más serio, que el doctor Ivanissevich había detectado circunstancialmente al operarla de apendicitis.
El día en que el Sindicato de Conductores de Taxis inauguró su nueva sede en Puerto Nuevo, frente a la Casa de la Moneda, Evita acudió al acto acompañada por el Ministro Oscar Ivenissevich y el Diputado José Astorgano. Era una calurosa mañana de enero de 1950, y mientras el padre Virgilio Filippo bendecía las instalaciones, Evita se esforzaba por disimular un fuerte dolor en la ingle. Astorgano dejó habilitada allí la flamante escuela para hijos de inmigrantes italianos que prestaban servicios en el Ministerio de Obras Públicas, y retribuyó la entrega de un mástil a la Fundación con un cheque de veinte mil pesos. Finzaliada la ceremonia, Ivanissevich advirtió que Evita sufría una indisposición y le aconsejó retirarse a descansar.

Tres días después, el 12 de enero, el mismo Ivanissevich debía intervenirla quirúrgicamente, en el Instituto Argentino del Diagnóstico, de una apendicitis aguda. La ope-

ración comenzó a las 11.30 de la mañana y duró una hora exacta. La enferma quedó internada en el departamento 117, donde dos años antes había sido operado el general Perón, también de apendicitis. Éste se había enterado a las 10 de la decisión médica y abandonó la Presidencia para acompañar a su mujer, junto con Juan Duarte. Los tres llegaron al sanatorio en medio de la singular expectativa, pues se había desviado el tránsito de la zona sin dar explicaciones. En pocos minutos, el gabinete nacional en pleno se encontró reunido junto a la sala de operaciones, y recién a las dos menos cuarto se expidió el primer comunicado oficial: "La señora Eva Perón ha sido operada de apendicitis y su estado general es satisfactorio." Perón, que almorzó en el sanatorio con el doctor Ivanissevich, recibió de éste un informe verbal y minucioso de la intervención, mientras Evita se reponía lentamente, acompañada por su hermana Elisa. El segundo boletín médico fue recibido con algarabía por la multitud reunida frente al instituto: "Su pulso es normal y no hay fiebre." Cuando Perón se retiraba a su domicilio, a las 9.30 de la noche, se encontró en los pasillos con el Gobernador Mercante, que había viajado especialmente desde La Plata.

Evita abandonó el sanatorio el sábado 14 por la tarde, en una ambulancia celeste de la Fundación. Perón iba detrás, en otro coche, con Duarte y Mercante, abriéndose paso entre la multitud que rodeaba el automóvil presidencial. Al día siguiente volvería a sus funciones habituales en la Casa de Gobierno, pues durante la internación de su mujer había trasladado el despacho a un departamento contiguo al de Evita, desde donde atendió la correspondencia y diversos asuntos de Estado.

Durante la internación, Ivanissevich ordenó varios análisis para establecer el estado de salud de su paciente. Fue entonces cuando advirtió que un cáncer amenazaba con devorar su vida. "Le pedí que se sometiera a una nueva revisación y, una vez establecido el mal, sugerí una operación de matriz. No quiso saber nada y se puso furiosa conmigo", explica Ivanissevich. Aquel diálogo quedó registrado en estos términos:

–Es la misma operación que se le hizo a su madre. Ella ha superado el trance perfectamente.

–A mí usted no me toca, porque yo no tengo nada. Lo que pasa es que me quieren eliminar para que no me meta en política. ¡Y no lo van a conseguir!

–Pero señora, nadie la quiere eliminar. Lo que queremos es salvarla . . .

Fue imposible convencerla. De aquella conversación surgieron otras decisiones, como la renuncia del propio Ivanissevich, ocurrida el 12 de mayo de 1950 (exactamente 4 meses después de la operaciónn de apendicitis), luego de que su inminente sucesor en el Ministerio de Educación, el doctor Armando Méndez San Martín, estimulara el encono de Evita hacia su médico.

Evita no tenía tiempo para detenerse a corregir una deficiencia de salud. Estaba demasiado apurada en llevar a cabo todo lo que había emprendido y no podía permitir que algo obstruyera su camino, ni siquiera una enfermedad. Ella misma decidió que no estaba enferma y siguió adelante, aunque su vida se fuera diluyendo lentamente. De nada valdrían los esfuerzos del doctor Ricardo Finochietto un año y medio después, cuando se internó en el Policlínico Avellaneda.

Los ancianos y las marquesas

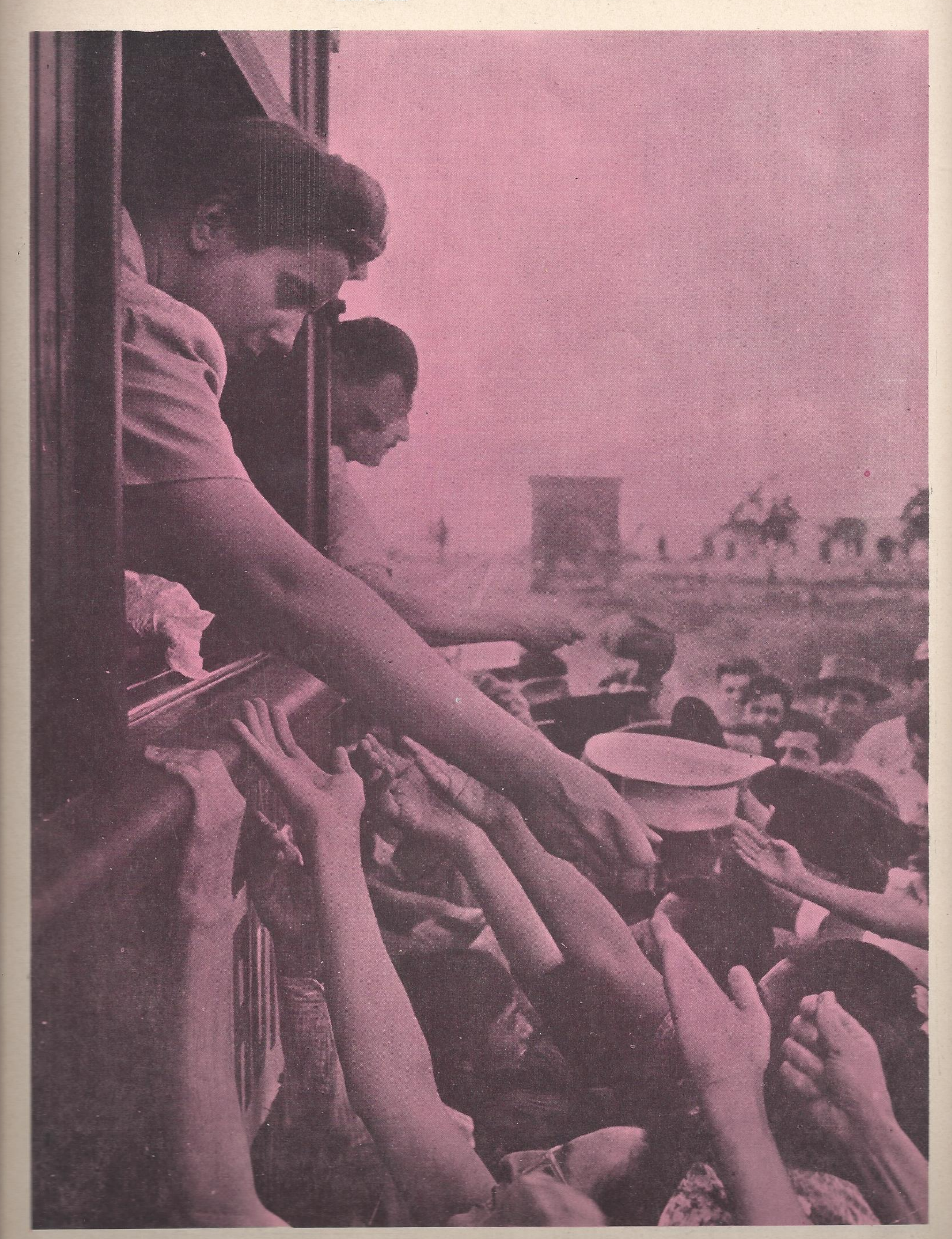
En presencia de su marido, del Vicepresidente Quijano y del Nuncio Apostólico Monseñor José Fietta, Evita proclamó el 26 de agosto de 1948 los Derechos de la Ancianidad. Se trataba de un decálogo cuya única disposición concreta estaba contenida en su primera cláusula: "Todo anciano tiene derecho a su protección integral por cuenta y cargo de su familia. En caso de desamparo, corresponde al Estado proveer a dicha protección." El resto no pasaba de meros enunciados con expresiones de deseos en los que se otorgaba al anciano el derecho a "gozar de tranquilidad, libre de angustias y preocupaciones" o "al respeto y consideración de sus semejantes"; otro inciso les reconocía un "mínimo de entretenimientos para que puedan sobrellevar con satisfacción sus horas de espera". Evita leyó detenidamente el decálogo y luego formuló sus deseos de que "los mismos derechos que hoy proclamamos sirvan de inspiración, movilicen las conciencias y puedan un día llegar como bendición lejana, sobre las cabezas blancas de todos los ancianos desvalidos de la tierra". Luego entregó un álbum de fotografías a Perón y éste la felicitó con un abrazo. Pocos horas después se conocía la primera adhesión, que partía de la Liga Pro Maternidad e Infancia presidida por la señora Mendizábal de Longhi.

La preocupación que Evita solía mostrar por los ancianos se reflejaba en cada uno de sus actos públicos, donde no dejaba de mencionarlos y prometerles toda clase de ayuda. Ella misma gustaba, cada tanto, de entregar personalmente las pensiones a la vejez o los subsidios de la Fundación. Claro que su comportamiento con los ancianos variaba fundamentalmente cuando debía tratar con la aristocracia, donde no hacía cuestiones de edad sino de situación social. "Esas viejas llenas de plata no van a hacer lo que quieren", solía decir cada vez que llegaba al Gobierno algún trámite iniciado por apellidos de la oligarquía. Y así pudo vengarse de las únicas dos mujeres que habían obtenido lo que a ella se le negaba, el marquesado pontificio. Cuando Adela María Harilaos de Olmos solicitó la correspondiente autorización municipal para que al morir se la sepultara junto a su marido, el magnate cordobés Ambrosio Olmos, en la Iglesia del Corazón Eucarístico de Jesús, que ella había hecho edificar frente a la plaza Vicente López, Evita leyó el expediente y ordenó: "Háganle saber a esta señora que si ella me invita a su casa a tomar el té, no tendré inconveniente en entregarle la autorización yo misma." Íntimamente sabía que eso era imposible, que la misma aristocracia que la había marginado deliberadamente no iba a abrirle sus salones ahora, después de verla compartiendo las riendas del poder con su marido y oírla insultar continuamente a los oligarcas. Pero era una manera muy femenina de negarle el permiso: "Si lo quiere, que me invite", se regodeó.

Su sorpresa fue mayúscula cuando le comunicaron que "la Marquesa de Olmos recibirá con sumo agrado a la señora y al Presidente en su residencia". Sin importarle los comentarios, la marquesa quiso asegurarse a toda costa una protección divina de su cuerpo, aunque para eso debiera ceder ante los caprichos de *la perona* (como solían llamarla en el barrio Norte). Triunfante, a la vez que deslumbrada por el lujo de la casona, Evita entró seria y del brazo de su marido, quien, como siempre, desplegaba una ancha sonrisa. La dueña de casa se disculpó de no poder levantarse del sillón por su avanzada edad y le disparó una halagadora bienvenida: "M'hijita, usted es mucho más linda que en las fotografías." El blanco fue certero y dio en el rostro de Evita, quien cambió su dureza por una liviana mueca de satisfacción. La conversación adquirió un tono amablemente familiar y los visitantes se retiraron conquistados por la hábil diplomacia de la marquesa, quien suspiró aliviada tras haber obtenido el ansiado permiso municipal.

La otra marquesa, en cambio, optó por la desobediencia. Se trataba de María Unzué de Alvear, quien por negarse a pedir aquella autorización, no pudo luego ser sepultada en la Basílica de Santa Rosa de Lima que había hecho construir especialmente sobre la avenida Belgrano. De nada sirvió la venia pontificia, pues cuando sus familiares intentaron alojar el ataúd en esa iglesia se lo impidió la policía; el cortejo debió reanudar su marcha ante el riesgo de ir todos presos, después que los forcejeos con funcionarios policiales en el atrio obligaran a desviar el rumbo hacia la Recoleta. Sólo una vez finalizados los engorrosos trámites municipales, la marquesa de Alvear pudo descansar en su basílica.

Otro de sus embates contra la oligarquía consistió en expropiar la estancia que los Pereyra Iraola poseían en el camino a La Plata y que ella hizo convertir en el Parque Los Derechos de la Ancianidad, librando el acceso a todos los que deseaban pasar allí algunos días de descanso. Empeñada en llevar adelante su obra social a toda costa, Evita no titubeaba en arrancarles algunas propiedades a los grandes apellidos de la aristocracia. Aunque sólo se trataba de la fachada de sus fortunas, porque el verda-





1



2



3

1. Eva Perón durante su viaje a Europa.

2. La llegada de Eva Perón a Madrid en 1947.

3. Eva Perón en una función de gala en Roma.

En la página 215:

Eva Perón en una gira proselitista por el interior del país.

dero poder de los terratenientes quedó intacto durante el peronismo, ella se sentía satisfecha. Sabía que a las mujeres de los oligarcas les dolía más perder eso y quiso sacárselo, violentamente, de la misma forma en que les había arrebatado el monopolio de la beneficencia reduciéndolas a una mínima expresión frente al gigantesco mecanismo de la Fundación.

Pero de la misma manera en que sacudía los polvorientos privilegios de los ricos era capaz de enfrentar a los obreros para pedirles, personalmente, que levantaran una huelga. Así lo hizo a fines de enero de 1951, cuando los ferroviarios paralizaron los servicios en todo el país, y decidió recorrer los talleres suburbanos y las estaciones sureñas. En Bánfield encaró a dos peones:

—¿Y ustedes por qué están en huelga?

—Bueno, señora, usted sabe . . . , lo decidió el gremio Yo, la verdad, señora, no estoy muy de acuerdo . . .

—¿Sabe qué pasa, señora? Que cerraron los locales de la Unión Ferroviaria y eso, la verdad, ¿no?, está mal. Usted no se enoje, pero está mal.

Inmediatamente Evita ordenó a Espejo y Santín, quienes la acompañaban, que dispusieran la reapertura de esos locales. Después reunió a los obreros de las estaciones adyacentes y los instó "a levantar esta huelga que no tiene sentido". Esa misma noche, a las 12.30, apareció sorpresivamente en Constitución y, al ser identificada, un pequeño grupo de obreros comezó a corear su nombre. Los calmó pidiéndoles que volvieran al trabajo y se dejaran de "hacer macanas que favorecen a los contreras". Meses antes, frente a un auditorio más numeroso, Evita había advertido a ese mismo gremio: "No olvidemos, compañeros ferroviarios, que el general Perón está quemando su vida para alumbrar el siglo peroniano. Piensen que el general Perón daría mil veces su vida, si fuera preciso, para consolidar su obra, porque sabe que el barco de la Nación, dirigido por él, va hacia un rumbo claro y fijo."

Candidata a la vicepresidencia

La tarde en que le tocó hablar en la Conferencia de Gobernadores, el 14 de julio de 1950, Evita comprendió que había llegado a la cima de su carrera política. Se encontraba dirigiendo la palabra a los jefes de todos los Estados provinciales, instruyéndodolos sobre los objetivos del Gobierno, desde el mismo Salón Blanco de la Presidencia. A su lado, el Primer Magistrado asentía blandamente, la dejaba hacer. Y, rodeándola, el gabinete nacional le prestaba su anuencia. Eran los Ministros que ella misma había impuesto tras agrias discusiones, en reemplazo de quienes se atrevían a discutir sus órdenes. Todo un poder político que manejaba a discreción y voluntad. Sin embargo, ese poder no estaba institucionalizado. Ella dirigía porque era la mujer del Presidente y porque había impuesto su per-

sonalidad arrolladora, pero seguía dependiendo de él: ¿Por qué no legalizar, entonces, esa situación a través de una investidura oficial? El camino parecía simple: alcanzar la Vicepresidencia, ese lugar de relleno que hacía de Quijano una figura decorativa y que Evita estaba dispuesta a convertir realmente en una función de mando durante la segunda presidencia.

"Vamos a llevar el peronismo al alma del niño argentina, pues nos reservamos el derechos de que la niñez argentina aprenda a amar a la patria y a Perón desde la cuna. El cebollita porteño, el coyita de Jujuy, los changuitos y todos los niños del país, antes de decir papá, deben aprender a decir Perón", ordenó a los Gobernadores aquella vez.

Ese fanatismo que le brotaba por todo el cuerpo tenía como respuesta la adulación constante de quienes se granjeaban su amistad para asegurarse posiciones. Una idolatría que los Diputados alimentaron conscientemente en agosto de ese mismo año cuando, tras empalagosos discursos, le obsequiaron un costoso brazalate de oro y diamantes en momentos en que ella hacía tambalear hasta la estabilidad de los Ministros más importantes. Para esa fecha, Picazo Elordy había cedido su cartera de Agricultura y Ganadería al ingeniero Emery; Lagomarsino tenía como sucesor en Industria y Comercio a Barro; Bramuglia, sin poder frenar los embates de Evita, había resignado la Cancillerría en manos del doctor Paz; el Secretario de Asuntos Técnicos, Figuerola, devorado por su propia obra, la reforma constitucional, había sido sustituido por Mendé; Ivanissevich, señalado por el índice fiscalizador de Méndez San Martín, acababa de ser desplazado por su propio acusador. Todo con la anuencia de Perón, pero por iniciativa de su mujer, quien ya preparaba la caída de su próxima presa: el Ministro de Transportes, coronel Castro. El resto del Gobinete estaba dividido entre hombres de su confianza (Cereijo, Nicolini, Freire y Carrillo), algunos intocables como Borlenghi (a quien Perón debía un significativo respaldo gremial y una hábil conducción política) y los Ministros militares (Sosa Molina, Pistarini, Anadón y de la Colina), quienes sólo eran removibles con la venia castrense.

Fueron precisamente estos últimos quienes dejaron entrever su desagrado por las aspiraciones a la candidatura a Vicepresidente que Evita deslizó entre sus amigos. Así se lo hicieron saber a Perón, especulando con el respaldo de sus respectivas armas, cuando advirtieron aquellas pretensiones. Algunos de ellos estaban fastidiados porque Evita dictaba las decisiones ministeriales en reuniones previas a los acuerdos de Gabinete y por la forma en que trataba a sus Ministros adictos, tuteándolos e impartiendo órdenes como si se tratara de personal subalterno a su entera disposición. Quienes presenciaron muchas de las reuniones que solían efectuarse en el famoso despacho de Trabajo y Previsión, donde funcionarios, Diputados y algunos Ministros se apretujaban a su alrededor, recuerdan que ponía término a esas charlas en forma tajante: "Rajen de aquí, vamos."

En lugar de contener la embestida castrense, como tantas otras veces, Perón dejó crecer la idea de un veto militar para convencer a su mujer de que era imposible conferirle la Vicepresidencia. Hasta ese momento había aceptado, no de mala gana, la intromisión de Evita en política; pero el excesivo apasionamiento y el precario estado de salud que ella exhibía, obligaban a impedir que siguiera adelante con esa idea. Pudo haber recurrido al eficaz sistema de las órdenes de automóviles, con el que acostumbraba a limar asperezas con el Ejército, pero prefirió aceptar la imposición, y en esa forma sorprendió también a los propios autores del planteo, desacostumbrados al triunfo fácil, sin negociar su derrota.

Claro que Evita no se dio por vencida y ensayó una maniobra. En el discurso del 1º de Mayo de 1951 repitió cuatro veces la frase: "Quiero que me autoricen...", como buscando un respaldo popular que avalara sus actos. Idéntica autorización reclamó pocos días después a sus amigos, quienes entendieron que la mejor manera de anular el veto militar era oponiéndole el veredicto de una gigantesca concentración popular. La iniciativa fue llevada adelante por el secretario general de la C.G.T., José Espejo, quien desechó la idea de reunir a la multitud en Plaza de Mayo "porque resultaría chica". Se fijó una fecha, el 22 de agosto de 1951, y un lugar, la Avenida 9 de Julio; pero para ese día Perón ya la había convencido y estaba dispuesta a resignar el ofrecimiento. Empero, el acto se llevó a cabo y sirvió para exteriorizar el apoyo popular.

El cabildo abierto

Dos enormes retratos del Presidente y su mujer, uno en cada extremo, fueron colocados en el palco levantado frente al Ministerio de Obras Públicas. Sobre ellos, un arco con la leyenda *Perón - Eva Perón*, y, algo más abajo, esta otra: *La fórmula de la Patria*. El escudo peronista indicaba el lugar exacto donde se erigían los micrófonos, sobre la calle Moreno; desde Belgrano se extendía la vociferante multitud que cubría un largo tramo de la Avenida 9 de Julio y que había comenzado a aglomerarse desde la noche anterior. Millares de hombres y mujeres, convocados por la Confederación General del Trabajo, habían descendido desde las provincias limítrofes y los pueblos suburbanos, y centenares de ellos pernoctaron en improvisados campamentos, sobre la avenida.

A las dos de la tarde del 22 de agosto, el lugar estaba colmado y una flota de cartelones navegaba sobre las olas humanas que golpeaban peligrosamente sobre el estrado. El resto de Buenos Aires asistía expectante, a través de las radios, a la dilucidación de ese enigma que había despertado el lanzamiento de una fórmula pintada ya en las paredes, pero aún resistida en los círculos castrenses. *Perón - Perón 1952 - 58*, así se leía debajo de los puentes, en los murallones del ferrocarril y sobre las boleterías de los estadios deportivos.

A las 5.30, cuando Perón subió al palco, la multitud coreó su nombre largo rato. Tras denodados esfuerzos, Espejo consiguió iniciar su discurso. "Mi general —dijo—, he aquí al pueblo reunido en cabildo abierto del Justicialismo, que viene a decirle a usted, su único líder, como en todas las grandes horas: ¡Presente, mi general!" —"¡Presente!", repitieron todos a coro. Acentuando cada sílaba, Espejo advirtió desde los micrófonos: "Mi general, notamos una ausencia, la ausencia de vuestra esposa, la señora Eva Perón, la sin par en el mundo, en la Historia, en el cariño y en la veneración del pueblo argentino. Tal vez su modestia, que es quizá su más grande galardón, le haya impedido que se encuentre aquí presente, pero este cabildo abierto no podrá continuar sin la presencia de la compañera Eva Perón. Permitidnos, mi general, que miembros del consejo superior de la C.G.T. vayan a buscarla para que esté aquí presente, junto a usted, junto a nosotros, junto a este pueblo que os ha elegido como único conductor de esta gran Argentina, que está floreciendo, día a día, con la conducción de Juan Perón y Eva Perón."

Rato después, Evita fue ayudada a subir al palco. Se abrazó con Perón, y Espejo reanudó su discurso leyendo el acta del Consejo Superior del Partido Peronista que consagraba las candidaturas. "Visto el pedido de la C.G.T. —decía aquel documento—, que es clamor y sentimiento del pueblo argentino expresado en el cabildo abierto del Justicialismo de esta histórica fecha, el Consejo Superior resuelve: 1) proclamar al general Juan Perón candidato a Presidente de la República, y a la señora Eva Perón para la Vicepresidencia; 2) comunicarlo al general Perón y a la señora Eva Perón. Dada en la sala de sesiones del Partido Peronista, a los veintidós días del mes de agosto de 1951."

Esa lectura fue rubricada con una ovación que precedió a las primeras palabras de Evita. Ella prefirió desviar el tema y eludió la aceptación, cosa que advirtió Espejo; Perón se adelantó e inició su arenga con el clásico "Compañeros". La multitud coreó entonces los estribillos de rutina: *Perón sí, otro no; La vida por Perón*, y entonó las primeros estrofas de *Los muchachos peronistas*.

El mitin alcanzaría su momento más dramático cuando Espejo lanzó su advertencia por los altoparlantes: "Compañeros, Eva Perón aún no ha dada la respuesta que todos esperamos. Por eso este cabildo abierto pasa

a cuarto intermedio hasta mañana, para que ella pueda darnos su contestación definitiva. Mañana, la C.G.T. le solicitará, señora, su respuesta de vuestros propios labios. Nosotros, compañeros, nos volveremos a reunir en este mismo lugar para reanudar este cabildo abierto y cerrar, con un broche de oro, esta jornada inolvidable."

Un rugido desbarató el plan que Espejo y Perón acababan de elaborar en voz baja, con la anuencia de Evita:

—¡No! ¡Ahora! —gritó la multitud.

—Mis queridos descamisados —dijo ella— yo les pido que no me hagan hacer lo que nunca quise hacer. Por el cariño que nos une, para una decisión tan trascendental, yo les pido me den, por lo menos cuatro días para pensarlo...

—No, no, ¡ahora!

La decisión, que había sido tomada antes del mitin, se postergaba para agudizar la tensión. Evita estaba dispuesta a renunciar, pero no en silencio. Su dimisión debía ser el resultado de un proceso con caracteres dramáticos, el precio que se cobraba para ridiculizar a quienes le ponían la proa. Rechazar el ofrecimiento del pueblo, reunido en asamblea, en defintiva resultaba más espectacular que aceptar el halago de la candidatura.

—Compañeros, yo no renuncio a mi puesto de lucha. Renuncio a los honores. Yo me guardo, como Alejandro, la esperanza por la gloria y el cariño de ustedes.

Posesionada de su rol, aquella tarde del 22 de agosto se sintió encarnada en uno de esos personajes que la radio le había permitido protagonizar fugazmente. Ella misma estaba haciendo historia, y el mitin le parecía un gigantesco anfiteatro donde la primera figura dialogaba con su auditorio en pasajes de intenso dramatismo:

—Se lanzó por el mundo que yo soy una mujer egoísta y ambiciosa. Ustedes saben que no es así. Yo no quiero que mañana un trabajador argentino se quede sin argumentos cuando los resentidos, los mediocres que aún no me comprenden, digan que yo quería la Vicepresidencia. Les pido, como amigos, que se desconcentren.

—No, no.

—El pueblo es soberano, yo acepto....

—¡Bien! ¡Bien!

—No, no, yo acepto las palabras del compañero Espejo, y mañana a las doce...

—No, ahora.

—Les pido unas horas.

—No, no.

—Compañeros, esta noche... Son las 7.30, por favor, a las 9.30 contestaré por radio...

—No, ahora.

—Dénme dos horas, nada más.

—La compañera Evita —terció Espejo— nos pide dos horas. Nosotros esperaremos aquí su resolución.

Mientras la multitud comenzaba a encender sus antorchas y coreaba el nombre de Evita, ésta decidió poner fin a la tensa expectativa y, con enérgico además, arrebató el micrófono a sus lugartenientes:

—Compañeros, como dijo el general Perón, yo haré lo que el pueblo quiera...

Una ovación cerrada coronó la frase y Perón se apresuró a cerrar el acto con estas palabras:

—Como hay muchas señoras y niños, desconcéntrense lentamente. Como siempre, que sean muy felices; les agradezco mucho y que les vaya bien.

"Cuando se mencionó por primera vez su candidatura —cuenta Espejo—, ella eludió una respuesta concreta. Pero estuvo de acuerdo en que organizáramos un gran acto, porque quería un pronunciamiento popular que avalara esa postulación. La C.G.T. convocó a un plenario de todos los gremios y de allí salió la Comisión de Festejos, encargada de preparar la gran asamblea. Contratamos trenes y colectivos para traer a las delegaciones del interior y lanzamos una propaganda masiva en todo el país. Su negativa sorprendió a todos el día del mitin, porque se descontaba la aceptación." Espejo que no ignoraba el sentido de escapatoria que Evita había dado a su frase "haré lo que el pueblo quiera", acudió al día siguiente a las 11 de la mañana a la residencia para obtener una respuesta concreta. "Me dijo que no podía ser candidata porque no creía correcto componer una fórmula presidencial con un matrimonio, y alegó que debía darse lugar al sector político del Movimiento, encarnado por Quijano."

Sin embargo, los dirigentes gremiales insistieron y el lunes 27 de agosto el Consejo Superior del Partido Peronista volvió a reunirse para firmar el acta de proclamación de la fórmula Perón - Eva Perón. Veinticuatro horas después le entregaban el manuscrito a los candidatos en la Casa de Gobierno y, simultáneamente, se conocía la designación del general de división Felipe Urdapilleta como comandante del Primer Ejército, con asiento en Rosario. De nada valieron los agasajos que el sindicato de maquinistas ferroviarios La Fraternidad tributara a los integrantes del binomio postulado: la fórmula se deshizo el viernes 31, a las 8 de la noche, cuando Evita leyó su mensaje por la cadena nacional de radiodifusión. "Quiero comunicar al pueblo —dijo— mi decisión irrevocable y definitiva de renunciar al honor que los trabajadores y el pueblo de mi patria quisieron brindarme en el histórico cabildo abierto del 22 de agosto. En primer lugar declaro que esta decisión surge de lo más íntimo de mi conciencia, y por eso es totalmente libre y surge de mi voluntad.'"

Resulta difícil destruir el rumor circulante que asignaba al Ejército el veto impuesto a su candidatura. Por más que ella se esforzaba en adjudicarse el renunciamiento, las miradas apuntaban a los cuarteles.

En el sanatorio

Méndez San Martín, Borlenghi, Valenzuela y su hermano Juancito, aguardaban a Evita en la entrada de ese instituto a las 10 y media de la noche del sábado 3 de noviembre de 1951. Perón la llevaba del brazo, como siempre, pero su rostro ya no rebosaba aquella vitalidad de antes. La anemia había afilado sus rasgos y los ojos se le habían hundido con tristeza. Tenía pocas fuerzas, pero aun así eran las suficientes como para fingir una imagen distinta. Quiso entrar sola y se despegó de su marido apenas recibió los primeros saludos. Detrás de la verja, apretados en racimos, mujeres y hombres se disponían a esperar los primeros informes médicos.

Finochietto decidió operarla cuatro días después, una vez realizados los análisis y las consultas entre varios cirujanos. El miércoles 7 de noviembre, la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia emitió el siguiente comunicado: "La señora Eva Perón soportó perfectamente el importante riesgo quirúrgico". El escueto boletín encerraba sin embargo, una incógnita: ¿cuál era en realidad el resultado de la operación? Los médicos habían podido comprobar sus sospechas: la enferma ya no tenía cura, pues el cáncer había alcanzado proporciones ilimitadas.

El Nuncio Apostólico, monseñor José Fietta, y el embajador de México, doctor José Manuel Álvarez del Castillo, se quedaron sin poder saludarla por una decisión médica. Recién al día siguiente recibió la primera visita, la del secretario general de la CGT, José Espejo. En esos días, el país asistía al cierre de una importante campaña electoral. Los comicios presidenciales fijados para el 11 de noviembre iban a decidir si Perón y Quijano merecían ser reelegidos. Frente a ellos se alzaba la oposición, encarnada en la fórmula impuesta por la Unión Cívica Radical: Ricardo Balbín y Arturo Frondizi. Evita, a quien los militares impidieron compartir el binomio peronista al lado de su marido, contribupía con su enfermedad a dramatizar el clima. Era la primera vez que las mujeres argentinas elegían, a la par de los hombres, a un presidente de la Nación, gracias a la ley que dos años antes les había concedido los derechos cívicos.

La noche del viernes 9, coincidiendo con la clausura de la propaganda proselitista, las emisoras difundieron un mensaje en cadena en el que Evita exhortaba a los peronistas a cumplir fielmente con sus deberes el día del comicio. Había sido grabado pocas horas antes de su operación, en el sanatorio, para ser propalado 24 horas antes de las elecciones, sea cual fuere el resultado de la operación. El mensaje tuvo un efecto decisivo y se sumó a otro factor emocional que los radicales no habían calculado: la visita al policlínico que el flamante campeón mundial de automovilismo, Juan Manuel Fangio, haría esa misma noche, poco después de regresar de Europa.

Todo listo para el triunfo, el domingo 11 las urnas comenzaron a recibir la decisión po-



1



2



3



4

1. Los esposos Perón en una función de gala en el Teatro Colón el 9 de julio de 1950.

2. Eva Perón, en el Congreso, entrega textos de la Nueva Constitución a los niños que participaron del torneo infantil "Evita" en febrero de 1950.

3. Eva Perón en 1950.

4. Ceremonia de inauguración de la Ciudad "Evita".

pular. La Junta Electoral de la Capital Federal registró entonces un pedido significativo, que estaba virtualmente concedido por anticipado. Con domicilio legal en la calle Teodoro García 2106, y empadronada en la circunscripción 12ª, circuito 166, mesa número 5, la ciudadana María Eva Duarte de Perón se presentó por medio de apoderados ante la Junta pidiendo que "se le autorice a emitir el voto en el sitio donde se hallaba internada". La solicitud fue aceptada con la oposición de los apoderados de la UCR y del Partido Socialista. El representante del Partido Comunista, en cambio, accedió al pedido. Para ese entonces, el comando político del PC había resuelto virar hacia el oficialismo y sus afiliados se adherían a las organizaciones peronistas que pocos años antes habían combatido.

El voto femenino fue ampliamente favorable a Perón, quien pudo seguir en el Gobierno e iniciar su segundo período con el anciano correntino Jazmín Hortensio Quijano sentado en la vicepresidencia. Un lugar que Evita debió resignar muy a pesar suyo, cuando estaba a punto de colmar sus ambiciones políticas.

Hasta poco antes de morir, mientras sus fuerzas se consumían lentamente, Evita siguió confiando en la eternidad del peronismo e instando al pueblo a defender sus conquistas sociales. El 28 de setiembre de 1951, una vez abortado el golpe militar del general Benjamín Menéndez, le fue alcanzado un micrófono hasta su cama de la residencia presidencial para que hablara por radio. "El general Perón —dijo— acaba de enterarme de los acontecimientos producidos hoy. Por eso no he podido estar esta tarde con mis descamisados en la Plaza de Mayo de nuestras glorias. Yo les doy las gracias a todos ustedes, por quienes he dejado gustosa en mi camino jirones de mi salud, pero no de mi bandera". Minutos antes, la Subsecretaría de Informaciones había notificado que "la señora de Perón se encuentra en cama de cierto cuidado, aquejada por una anemia de regular intensidad, que está siendo tratada con transfusiones de sangre, reposo absoluto y medicación general".

A los 20 días, Evita recibiría uno de los homenajes más grandes de su vida: la CGT había decidido dedicarle el sexto aniversario del 17 de octubre y aprovechar los festejos para otorgarle una condecoración. "Su renunciamiento —enfatizó Espejo ese día— tiene la grandeza de las actitudes de los mártires y los santos, y por ello le otorgamos la distinción del Reconocimiento, de primera categoría, con exaltación de laureles." También la condecoró el Gobierno y fue el mayor Carlos V. Aloé, secretario administrativo de la Presidencia, el encargado de leer la resolución del jefe del Estado, por la que le otorgaba "con carácter de excepción, la gran medalla peronista en grado extraordinario". Perón la colgó sobre su su pecho y los dos se abrazaron en medio de los vítores. El locutor dijo luego a la multitud que "debido al grado de debilidad de la señora, deberá guardarse el más absoluto silencio para evitarle forzar la voz". Sin embargo, se decidió que el discurso que tenía preparado fuera leído por su marido. La semana anterior la había revisado secretamente el cancerólogo norteamericano George Pack (a quien ella no vio porque la habían anestesiado) y su diagnóstico confirmaba las presunciones que el doctor Oscar Ivanissevich le pronosticara tres años antes. El especialista había desaprobado la idea de su aparición en público, pero nadie pudo convencerla de que se quedara en cama. Ojerosa y demacrada, permaneció de pie, apoyándose en los brazos de Perón, Espejo, Aloé o Mercante. La escritora Mary Main, que con el seudónimo de María Flores, publicó, a fines de 1952, en los Estados Unidos una biografía titulada *Eva Perón la mujer del látigo*, a pesar de sus críticas despiadadas describe objetivamente aquellas escenas: "Que Eva quisiera pronunciar un discurso en esa circunstancias constituye una prueba más de su sorprendente voluntad. Sólo con observar las fotografías de ella durante la ceremonia uno se convence de su sinceridad".

Después de operada, Evita quiso dar un paseo por la ciudad, y Perón accedió a llevarla en un automóvil que conducía él mismo. Eran los primeros días de diciembre de 1951 y acababa de aparecer la primera edición de su libro *La razón de mi vida*, cuyos ejemplares en tapa dura se vendían a 16 pesos, y los de cubierta flexible a 9 pesos. Ella, que había firmado un contrato con Jacobo Peuser para la impresión y distribución del libro, quería verificar personalmente si éste estaba en todas las librerías, como le habían prometido. Por supuesto que el convenio comercial se cumplía al pie de la letra. "Cuando se señaló a Peusar para editar su libro no hubo posibilidades de rechazar el ofrecimiento. En esa época no se podía elegir", explicaría después la gerencia de Peuser S.A.C.I. Esta empresa llegó a imprimir un millón 300 mil ejemplares, en total, a través de cuatro presentaciones: una especial encuadernada, otra común en tapa dura, la popular en cartulina y el texto escolar en formato reducido. "Conviene aclarar que aquel contrato no fue similar a los que se hacen regularmente: en lugar de destinar un porcentaje del precio de tapa al autor, esa vez se pagó a Peuser el costo de la impresión y papel y la autora se quedó con el resto. Prácticamente, esta empresa cumplió funciones de impresora y distribuidora, no de editora", señala la gerencia de Peuser, la que también admite haber cobrado regularmente los costos estipulados. De *La razón de mi vida* (escrito en realidad por el periodista español Manuel Penella de Silva) se hicieron tres traducciones: una en árabe, otra en portugués y una tercera en inglés.

La Jefa Espiritual de la Nación

Tras haberle dado su nombre a la provincia de La Pampa, los peronistas quisieron otorgar a Evita un título oficial que sirviera para reemplazar, de alguna manera, la frustración de sus aspiraciones al marquesado pontificio y a la vicepresidencia. No bastaban las denominaciones registradas en los libros de texto que la definían como *Abanderada de los Pobres*, *Hada de los Niños*, *Mártir del Trabajo*, *Dama de la Esperanza* y *Ciudadana de América*. Había que conferirle un título nacional, algo que la ligara oficialmente al país, y entonces se pensó en un proyecto que involucrara también a Perón. Lo presentó el propio presidente de la Cámara de Diputados, Héctor J. Cámpora, con la firma de otros siete diputados (P. López, B. M. Tejada, A. Miel Asquía, J. Alonso, A. A. Balbi, E. Carreras y A. Vergara) y en su parte resolutiva establecía "que las realizaciones llevadas a cabo durante el ejercicio del actual gobierno han erigido al jefe del mismo, general Juan Perón, en Libertador de la República" y que "la acción y la obra de la señora Eva Perón la han colocado, a justo título, en el orden espiritual como partícipe de las tareas del jefe del Estado, por lo que se merece el título de Jefa Espiritual de la Nación". Se lo iba a considerar en la sesión del 7 de mayo de 1952, pero seis días antes de esa fecha Evita protagonizaría su última actuación espectacular y quizás el momento de mayor excitación durante su enfermedad.

La música con que los dirigentes de la CGT abrieron el mitin del Primero de Mayo, frente a la casa de Gobierno, apenas sirvió para dar una breve pincelada festiva al Día de los Trabajadores. Los compases del Himno Nacional, la canción *Aurora* y la marcha *Los muchachos peronistas* precedieron a Espejo en su grito de batalla: "Repitamos todos a coro: la vida por Perón". Con el mismo semblante demacrado de la vez anterior, en éste, su último discurso, Evita sacó fuerzas de flaqueza y amenazó a los opositores: "Yo le pido a Dios que no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ese día! Ese día, mi general, yo saldré con el pueblo trabajador, yo saldré con las mujeres del pueblo, yo saldré con los descamisados de la Patria, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista". Perón, que la ayudaba a estar en pie, le habló al oído y ella siguió: "Yo quiero hablar hoy a pesar de que mi general me pide que sea breve, porque quiero que mi pueblo sepa que estamos dispuestos a morir por Perón y que sepan los traidores que ya no volveremos aquí a decirle presente como el 28 de setiembre último, sino que iremos a hacernos justicia por nuestras propias manos".

Empero, el vibrante discurso terminaría con un toque poético: "Aquí estoy con ustedes para hacer un arco iris de amor entre el pueblo y Perón". Minutos después coronaría en el estrado a la flamante y emocionada Reina Nacional del Trabajo, Edna Alicia Constantini, quien, si bien no era la más her-

mosa de las postulantes, representaba a una provincia privilegiada: Eva Perón.

A los pocos días, en la sesión que le otorgó la investidura de Jefa Espiritual de la Nación, la diputada Delia Degliuomini de Parodi pronunció un extenso discurso cargado de loas a Perón y Evita para fundamentar su apoyo al proyecto. La bancada radical estaba vacía y la votación resultó afirmativa por unanimidad. Ese mismo día, el 7 de mayo, Evita cumplía 33 años y recibía las felicitaciones desplomada en un sillón. En casi todas las iglesias se oficiaban misas por la recuperación de su salud, aunque era demasiado tarde. Su vida se iba extinguiendo lenta, pausada, pero irremediablemente. Un esfuerzo sobrehumano le permitió exhibirse, por última vez, el 4 de junio de 1952, durante el acto de asunción del mando, al iniciarse el segundo período presidencial. Pero su rostro era tétrico y el maquillaje no alcanzaba a disimularlo. Perón la sostuvo de la cintura durante el trayecto en automóvil descubierto desde el Congreso Nacional hasta la casa de Gobierno, para que pudiera saludar de pie.

Los diputados presentaron ese mismo día un proyecto para crear una "Comisión Nacional de Homenaje a la señora Eva Perón, que proceda a erigirle un monumento en la ciudad de Buenos Aires". Evita, que llegaba exhausta al fin de los primeros seis años de gobierno peronista, ya no resistía ni apuntalada por una efigie de bronce. Estaba a cincuenta días de la muerte y a sus espaldas ya se había contratado a un especialista para que embalsamara su cuerpo.

Desde la noche del 4 de junio de 1952, en que se desplomó sobre la cama, Evita no volvió a salir de su habitación hasta el 26 de julio. Pero esta vez su cuerpo estaba ya sin vida, consumido, transparente, listo para ser colocado en un ataúd. El momento señalado como el de su muerte, "las 20 y 25", se identificaría a partir de entonces como "la hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad".

Veinticinco días antes, en la tarde del primero de julio, había pronunciado su última arenga. Con un hilo de voz que apenas pudo registrar el grabador, instruyó a los legisladores para que "se mantengan fieles a la causa del líder y no abandonen la lucha en ningún instante". La grabación fue escuchada poco después en el Senado (hubo que amplificar considerablemente el sonido), donde se aprobaba por unanimidad un proyecto destinado a erigirle un monumento gigantesco en la esquina de Avenida de Mayo y 9 de Julio. Ésa fue prácticamente su despedida, y, al concluir, la senadora Castiñeira calificó a Evita como "una mujer que reúne en sí lo mejor de Catalina la Grande, Isabel la Católica y Juana de Arco, con todas sus virtudes multiplicadas". El senador Angulo, a su vez, le asignó simbólicamente el cargo que ella había ambicionado: "Excelentísima señora vicepresidenta...", dijo con énfasis.

A esa misma hora, en la sede de la Asociación del Fútbol Argentino, se resolvía suspender una fecha íntegra del campeonato profesional "para que los equipos —según la propuesta de Boca Juniors— viajen al interior a recaudar fondos para la construcción del monumento a Evita". Por su parte, la CGT disponía un paro general "en repudio por las maniobras de una editorial norteamericana que se niega a editar *La razón de mi vida* en inglés". Esta última medida coincidía con un proyecto legislativo por el que se iba a imponer el libro de Eva Perón como "texto de lectura en los colegios". El 11 de julio los diarios anunciaron que los médicos de cabecera de Evita le habían indicado reposo absoluto. Perón, que esa mañana felicitó a los reservistas que participaron en el desfile militar del día 9, promulgó un decreto por el que se creaba una comisión encargada de administrar las obras para levantar el monumento a Evita. Los radicales recordaban ese día a Hipólito Yrigoyen en el centenario de su nacimiento y aprovechaban para cuchichear junto a su bóveda sobre la salud de Evita. De allí partían los rumores "de buena fuente" que la daban por muerta, originados en una infidencia de las esferas oficiales. "Han llamado a un especialista extranjero para que la embalsame", fue la noticia que corrió por esos días. Lo suficiente como para pensar que ya estaba sin vida, y aunque ella seguía respirando, la información no estaba desacertada.

El doctor Pedro Ara, médico español, había sido contratado para embalsamar su cuerpo con la condición de que conservara intactos los rasgos de la fisonomía, sin peligro de deterioros.

Ara, a quien se le fijaron cien mil pesos de honorarios, hizo instalar dos enormes tinajas en uno de los baños de la residencia presidencial, para sumergir el cuerpo en líquidos especiales apenas Evita dejara de existir. "Hay que prever todo para que el trabajo salga bien. No me gusta improvisar, porque estas cosas son muy delicadas", dijo esa vez.

El rumor sobre la muerte de Evita se acrecentaba debido a las escuetas informaciones periodísticas. "Después de la consulta realizada en la tarde de hoy —dijo el segundo comunicado—, los médicos que asisten a la señora Eva Perón informaron que el estado de la enferma no ha experimentado modificación alguna." Este anuncio, difundido el 11 de julio, se repitió cuatro días seguidos con escasas modificaciones: "El estado de la señora es estacionario"; "Se advierten pocos cambios en la salud de Eva Parón". No era descabellado, entonces, suponer que estuviera muerta.

Los últimos días

El 15 de julio el Congreso aprobó el proyecto de Méndez San Martín y *La razón de mi vida* fue convertido en texto escolar. Al día siguiente llegaba a Buenos Aires un nuevo embajador norteamericano, Albert Nufer (el sexto desde 1946), quien desestimó toda responsabilidad de la Casa Blanca en la negativa a editar ese libro. El 18 los diputados y senadores resolvieron conceder a Evita autorización para usar el Gran Collar de la Orden del Libertador, una soberbia joya de 4.584 piezas, de las cuales 3.821 eran de oro y platino, y el resto, 763, piedras preciosas (diamantes, rubíes y esmeraldas). Pero este pesado collar no podía ser lucido por Evita, quien esa misma tarde entró en coma. Su muerte se esperaba de un momento a otro, y entonces la Subsecretaría de Informaciones lanzó un comunicado, en las primeras horas de la noche, donde se anunciaba que "el estado de salud" de la señora ha declinado sensiblemente". Sin embargo, a las pocas horas, Evita abrió los ojos y trató de incorporarse en la cama. Estaba sorprendida.

—¿Qué pasa, Juan ?¿Qué son esos tubo? —preguntó.

—Nada —terció hábilmente el doctor Ricardo Finocchietto—, no se asuste. Son tubos para que la anestesia que le dimos surta mejor efecto. Tuvimos que actuar sobre ese nervio que le produce tantos dolores...

Evita sospechó que le estaban mintiendo, que allí dentro había oxígeno para sus pulmones agotados. Pero más confundidos quedaron los testigos, quienes debieron suspender la organización del velatorio y postergar momentáneamente los servicios del embalsamador. Apold, que había presenciado la escena (no se movía de allí por temor a que se produjera el desenlace), dictó un nuevo comunicado de prensa que minutos después propalaron las radios: "La señora ha experimentado una ligera reacción".

La lluvia copiosa y fría que enjuagaba las calles de Buenos Aires el día 20 no logró impedir que millares de personas, en su mayoría mujeres, acudieran a la Plaza de la República para asistir a la misa que la CGT ofreció "por la salud de Evita". De rodillas, frente a un gigantesco altar levantado al pie del Obelisco, todos soportaron el chaparrón estoicamente mientras el sacerdote Virgilio Filippo oficiaba misa. Rato después, el cura confesor de Evita, Hernán Benítez, se adelantaba a la multitud para decirle: "Os saludo con palabras que están en todos los labios. ¡Viva Perón! ¡Viva Evita!" Y en un breve sermón anticipó la inminencia de la muerte. "El sufrimiento, compañeros, es el precio de todo lo sublime y de todo lo perdurable. Nos faltaban mártires, nos faltaban héroes, quienes con sacrificio propio fabricaron y aseguraron la felicidad ajena. Ahora, compañeros, ya tenemos nuestro mártir, ya tenemos nuestros mártires, porque Dios, al elegir a Eva Perón, nos ha elegido a nosotros para mártires, desde que su dolor es nuestro dolor".

Tres días después, Evita recibió un telegrama de Helsinki que no pudo leer porque ya estaba agonizando. Era el que le enviaba la representación argentina a los Juegos

Olímpicos, dedicándole el triunfo de los remeros Tranquilo Capozzo y Eduardo Guerrero (las únicas medallas de oro de una delegación de 125 atletas y 20 chicos de la Fundación).

Apold, que recuerda aquellos días como los más agotadores de su vida ("Me pasé tres semanas durmiendo un par de horas por día, a veces sin pegar un ojo, y viviendo prácticamente en la residencia"), tuvo una idea salvadora para poder engañar a Evita sobre su enfermedad. "A principios de julio —recuerda— le hicimos imprimir una edición especial de los diarios para que ella se informara por su cuenta, sin nuestra presencia, de que estaba mejorando. El mecanismo surtió efecto. Se reemplazaba una noticia cualquiera por un boletín médico fraguado y se imprimían poco ejemplares, cinco o seis, para ella únicamente. Después se colocaba la información verdadera y se hacía la tirada regular de cada diario."

"Vivía tan obsesionada con su muerte —agrega Apold— que una vez me dijo algo muy significativo. Fue el 9 de julio de 1952. Yo estaba invitado por Perón a presenciar el desfile, que ese año se hacía en Plaza de Mayo con los reservistas, y Evita me llamó para que fuera a almorzar con ella. Le expliqué que estaba comprometido con Perón, pero insistió tanto que tuve que ir. Nos habían tendido la mesa a los pies de la cama y compartíamos el almuerzo con Juan Duarte. En un momento dado, ella me dijo: *¿Sabés, Apold? Anoche soñé que me moría y que vos llamabas a los diarios para que pusieran el anuncio en primera página con letras grandes. Así: Murió Eva Perón.* Al decir eso me clavó la mirada y esperó la respuesta. *Vamos, señora* —le dije—, *que usted me va a enterrar a mí y yo no tengo esos sueños*... Se puso a reír. En ese momento sentí la voz de Juancito, detrás mío, diciéndome: *Guarda, Raúl, que te está semblanteando.*"

"La señora —prosiguió Apold— vivió sus últimos quince días asistida por un equipo médico que no se separaba de ella. Lo componían tres cirujanos, Ricardo Finocchietto, Jorge Taiana y Abel Néstor Canónico; un cardiólogo, Alberto Taquini; un ginecólogo, Joaquín Carrascosa. Una semana antes de su muerte llegaron a Buenos Aires dos cancerólogos alemanes, quienes confirmaron a Perón que el caso estaba concluido. El cáncer de matriz ya se había extendido hasta los intestinos y sus ramificaciones eran interminables."

La muerte de Evita

El sábado 26 de julio hubo nuevos boletines médicos que Radio del Estado comenzó a difundir a partir de las 7 de la tarde. "El estado de salud de la señora Eva Perón ha declinado sensiblemente", dijo el primero de esos anuncios. El segundo dejó entrever el desenlace: "La señora está muy grave". Y el tercero fue concluyente: "La ilustre enferma ha perdido el conocimiento". Eran las 8 de la noche. En ese momento, Evita se estaba muriendo. Finocchietto le sostenía la mandíbula para evitar que se tragara la lengua; Taquini le tomaba el pulso y los otros (Perón, Nicolini, Cámpora, Aloé, Renzi, Apold; los familiares directos de Evita: Elisa, Blanca, Arminda y Juan Duarte, con su cuñado Osvaldo Bertolini) esperaban, alrededor de la cama, que diera el último respiro.

A las 8 y 23 Evita dejó de respirar. Finocchietto le soltó la mandíbula y miró a Perón, como explicándole que la muerte había llegado, mientras Taquini retiraba su mano de la de ella y susurraba hacia atrás: "Ya no hay pulso..." Al escucharlo, Juan Duarte dio media vuelta y salió de la habitación tomándose la cabeza. "¡Se murió mi hermana! ¡No hay Dios...! ¡No hay Dios...! Detrás suyo salieron Blanca y Elisa Duarte, lloriqueando: "¡No digas eso, Juancito!"

Perón se quedó inmóvil, al lado de Nicolini. Cámpora y Aloé intentaron decir algo, pero no se atrevieron. Apold, en cambio, fue el primero que miró su reloj. Ya eran las 8 y 24. Salió al pasillo e instruyó a uno de sus colaboradores para que se fuera preparando la noticia: "Haga un comunicado de prensa diciendo que a las 20 y 25 la señora Eva Perón entró en la inmortalidad. Urgente, a todas las radios y agencias noticiosas. Ojo, eh... a las 20 y 25".

Los dos minutos de diferencia no variaban en absoluto la importancia del suceso y brindaban, en cambio, una hora más exacta para recordar.

El comunicado de la Subsecretaría de Informaciones tardó menos de una hora en ser divulgado por las radios. Eran las 9 y 10 de la noche cuando la noticia sacudió a Buenos Aires. A partir de ese instante, el sábado 26 de julio se apagó repentinamente. Los bares y confiterías empezaron a bajar sus persinas; los cines y teatros suspendieron sus funciones; las boites clausuraron sus puertas; los cabarets, sus espectáculos, y los clubes, sus bailes. De pronto, la ciudad quedó en penumbras y en silencio, con núcleos aislados de gente que no sabía exactamente qué hacer ni dónde ir.

En la avenida Alvear, frente a la residencia presidencial, el grupo de hombres y mujeres que esperaba desde temprano las noticias acerca de Evita, se fue ensanchando cada vez más, a medida que todos se enteraban de que había muerto. Las mujeres comenzaron a arrodillarse en la calle y a rezar el rosario. Los hombres desplegaban las páginas de los vespertinos, que en sus ediciones extras relataban el proceso final de la enfermedad y utilizaban, por fin, las extensas notas necrológicas que tenían guardadas desde hacía por lo menos un mes. A todos ellos se sumaron no pocos de los frustrados noctámbulos, a quienes los cines, teatros y confiterías habían dejado imprevistamente en la calle.

Sumergido en ese murmullo incesante, donde se comentaban detalles de la enfermedad y se conjeturaba si había muerto efectivamente esa noche, o si ya estaba embalsamada, un personaje singular se filtraba por entre la multitud agolpada frente a la residencia. Era *Chuenga*, el famoso vendedor de caramelos que solía trepar por las tribunas futbolístcas, quien, al presumir que al día siguiente serían suspendidos los partidos de primera división, decidió ofrecer allí su mercadería, en voz baja y embutido en un abrigado sweater negro.

Dentro de la residencia, junto al cadáver, Perón discutía con la madre de Evita sobre el lugar donde habría de levantarse la capilla ardiente y cuál sería el destino definitivo de sus restos. Una disputa nada sencilla de resolver.

"Mire, Perón, yo jamás le he oído decir tal cosa a mi hija. Y, si fuera cierto, ésa sería la única voluntad que usted no tendría que cumplir." Fastidiada, Juana Ibarguren de Duarte reprochaba a su yerno que hubiese aceptado la proposición de José Espejo, quien le sugirió a Perón "sepultar a Evita en el edificio de la CGT, como fueron siempre sus deseos". La madre de Evita porfiaba en que el cuerpo de su hija fuera enterrado en la iglesia de San Francisco; se escudaba en la amistad que Evita había tenido con fray Pedro, un franciscano que la acompañó en los últimos días y que le servía de sostén espiritual.

Pero de nada valieron los reproches, pues Perón no sólo aceptó el pedido de Espejo sino que también desestimó la idea de su suegra de "velarla un par de días, nada más".

Una vez preparado el lugar elegido (los salones del antiguo Concejo Deliberante, donde funcionaba la Secretaría de Trabajo y Previsión), el velorio se prolongaría durante un par de semanas.

En la misma noche del 26 de julio de 1952, apenas la noticia trascendió el umbral de la habitación donde acababa de morir Evita e inundó los corrillos de la residencia presidencial, se pusieron en marcha dos operativos previstos con suficiente anterioridad. Eran los llamados telefónicos que convocaron a Pedro Ara, el embalsamador, y a Julio Alcaraz, el peluquero.

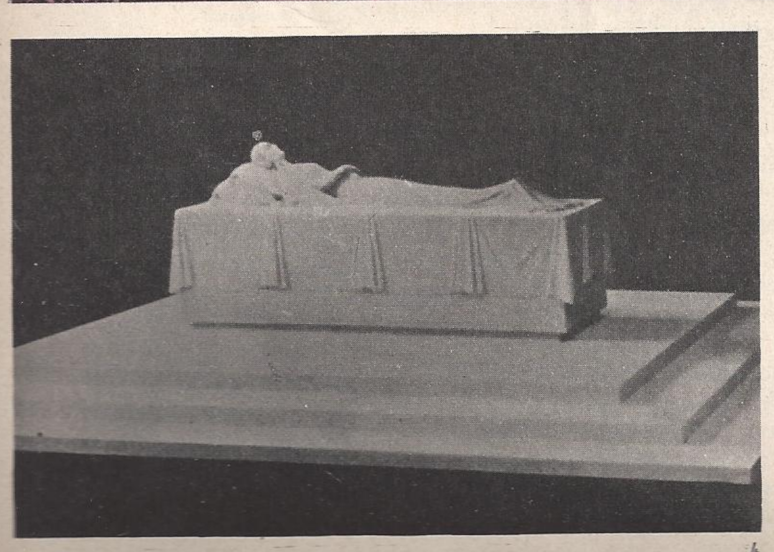
Preparan el cuerpo

Alcaraz recordó que aquella noche, media hora antes de que la noticia fuera difundida por las radios, un empleado de la custodia presidencial le avisó que debía prepararse para empezar su trabajo. "Estaba escuchando Radio Splendid cuando sonó el teléfono y una voz que me hablaba muy bajo, casi como un murmullo, me dijo: *Hola, Julio; ya está. Prepará tus cosas y venite a eso de las 4 de la mañana.* Tenía que hacer tiempo, distraerme. Y salí a la calle a dar una vuelta. Pude comprobar entonces el impacto producido por los boletines radiales. La gente se amontonaba para com-


1


2


3


4

prar los diarios y se los devoraba. Aunque el desenlace se preveía, debo reconocer que me sentí acongojado y volví a casa una hora después. En ese instante sonaba nuevamente el teléfono. Era la voz de antes, que me decía: *Tenés que venir ahora, Julio, para acompañar al doctor Ara.* Y allá fui, en un auto de la Presidencia que llegó cinco minutos después. Llegué a las 10 y media y entré directamente al cuarto donde estaba la señora. La cama era demasiado grande para ese cuerpecito consumido por la enfermedad. El doctor Ara me estrechó la mano y me agradeció *infinitamente* mi presencia allí. Yo no podía empezar hasta que no terminara él. Lo vi sacar unos preparados especiales del baño contiguo y desarrollar una tarea poco grata para ser presenciada. Terminó a eso de las 6 de la mañana y entonces empecé yo a trabajar en la cabeza de la señora. Tuve que teñirle el pelo y recortárselo bastante, porque la fiebre lo había hecho crecer en forma exagerada. (Ese había sido siempre mi termómetro para saber si le aumentaba la temperatura.) Aproveché también para guardar un rulo de treinta centímetros, que aún conservo, como una de las joyas más preciadas, en mi caja fuerte. Jamás podré olvidar que ella me había pedido que no faltara a esa última cita, la tarde en que me dijo: *Julio, un día me vas a prometer delante del general que ni siquiera después de muerta me vas abandonar...* Hacía trece años que yo la peinaba, desde que ella empezó a filmar en Pampa Films".

Por su parte, Pedro Ara explica que conoció a Evita "tres meses antes de que muriera". Parece un lapso muy breve, y sin embargo, era demasiado tiempo si se observa que su su contacto con ella era únicamente con el propósito de embalsamarla. "Había sido una locura pretender que la *tratara* con tanta anticipación. Claro, se desconocía la fecha exacta del desenlace, pero no se podía hacer nada. Hubiera sido ideal, a los efectos de mi trabajo, suministrarle algunas drogas que ayudarían a conservarle el cuerpo en perfecto estado después de su deceso. Pero yo no podía interferir en la tarea de los médicos, quienes controlaban cuidadosamente los medicamentos. Sólo me limité a llevar algunos elementos indispensables a la residencia, para tenerlos a mano: un par de botellones con líquidos especiales, drogas y compuestos químicos."

El gran cortejo

En la noche del 8 de agosto, los estoicos peronistas que esperaban en las colas fueron sorprendidos por una noticia que los desbandó imprevistamente: "El velorio se suspende hasta mañana, y se reanudará en el Congreso Nacional. Vamos a cerrar las puertas del Ministerio, de manera que las filas deben rehacerse frente al Congreso". La voz del funcionario que hizo el anuncio apenas alcanzó a ser escuchada por quienes estaban en las cabeceras de las filas, pero

bastó que éstos salieran rápidamente en dirección al Congreso para que se produjera el desbande. Las columnas humanas retrocedieron diez cuadras, a todo pulmón.

En la mañana del 9 de agosto, miles de personas se apoderaron de las veredas de la Avenida de Mayo para ver pasar los restos de Evita en dirección al Congreso. Perón llegó al Ministerio a las 9 y se quedó en la capilla ardiente, donde el padre Ramón Oviedo, asistido por los sacerdotes Rogelio Maza y Juan Pugliese (todos franciscanos), oficiaron un responso "por el descanso eterno del alma de Eva Perón". Cadetes de las tres armas montaban guardia de honor en momentos en que Perón, Juan Duarte, Orlando Bertolini, Atilio Renzi y Raúl Apold levantaban la caja con los restos y bajaban por una de las escaleras hasta la puerta principal, sobre la avenida Julio A. Roca. Afuera esperaba la cureña (extraída de un cañón Schneider de 2 metros de altura), donde se colocó el ataúud. Nueve patrulleros policiales abrieron paso al cortejo, en el que desfilaban jefes del Estado Mayor de las fuerzas armadas designados especialmente para rendir homenaje a Evita. La tropa, apostada a ambos lados de la avenida, presentaba armas al paso de la cureña. Ésta era conducida por 35 hombres y 10 mujeres, uniformados con camisas blancas y pantalones y polleras negras. Todos eran secretarios de sindicatos y fueron designados especialmente por la CGT para ocupar el lugar destinado a los caballos. Flanqueaban la cureña alumnos de la Ciudad Estudiantil, enfermeras de la Fundación y cadetes de la Escuela Naval, del Colegio Militar y de la Escuela de Aviación, con sus vistosos uniformes.

Finalmente, la caja fue descargada frente al Congreso y conducida por los "camisas blancas" (así se los denominó) hasta el salón dispuesto para la última noche de velorio: el de la Constitución Justicialista. Poco después, cerca de mediodía, Eva Perón volvió a ser exhibida al público, el que se extendía ahora en dos grandes colas, una por la avenida Callao hasta Corrientes, y otra por Entre Ríos hasta Belgrano. Esa noche se improvisó una guardia de antorchas en las escalinatas del Congreso, organizada por los secretarios de las unidades básicas del Partido Peronista. El lunes 11, día señalado para trasladar los restos a su lugar defintivo (la CGT), la policía liberó a 578 contraventores, y monseñor Santiago Luis Copello rezó el último responso. El ataúd fue cerrado en horas del mediodía y envuelto en una bandera argentina, para que volvieran a cargarlo los "camisas blancas".

El día del sepelio, a las 3 de la tarde, los "camisas blancas" colocaron el cajón sobre la cureña, mientras una banda militar ejecutaba la Marcha Fúnebre de Chopin. Dos carrozas alegóricas, una de la CGT y otra del sindicto de los petroleros, encabezaban el cortejo. Detrás del ataúd, a unos veinte metros de distancia, iba Perón con los familiares de Evita, y el Gabinete en pleno. A ambos costados, en una triple fila, marchaban los cadetes militares, las enfermeras de la Fundación y los delegados obreros. Altos oficiales de las tres armas acompañaban la cureña detrás de los "camisas blancas".

Una vez en la CGT, el cajón fue depositado en un catafalco preparado especialmente "hasta tanto se construya el monumento y se guarden sus restos en una tumba especial, dentro del mismo". Muy pocos sabían que, en rigor de verdad, los restos de Evita no descansarían allí, pues al día siguiente el doctor Ara volvería a completar su tarea para embalsamar el cuerpo.

Concluida su labor, Ara devolvió el cadáver a la CGT. Pero tres años más tarde —en setiembre de 1955—, al producirse el derrocamiento del gobierno peronista, el cuerpo volvió a ser sacado de allí y su paradero se convirtió en un secreto de Estado que nadie se animó a revelar todavía. Este episodio acrecentó aún más el mito de Eva Perón, a quien se sigue venerando con fervor en los hogares humildes de la Argentina.

Panorama final

Vista en perspectiva, sorprende en Eva Perón su extraordinaria pasión, esa pasión que le hace vivir su vida y apurar su muerte de una manera frenética.

No fue una intelectual. Las teorías sociales y políticas le fueron totalmente ajenas y llegó a la política por casualidad, pero tuvo un enorme sentido de pueblo, con todo lo que el pueblo tiene de auténtico, de espontáneo y de contradictorio. Dio origen a grandes odios y a grandes amores; los dos, odios y amores, miden por igual la fuerza de su personalidad.

La forma en que llegó al poder; su vinculación con los militares; las figuras de algunos personajes que la rodearon y que explotaron, para obtener beneficios y escalar posiciones, su credulidad y su necesidad de contar con segundos para llevar adelante las cosas; su falta de militancia política anterior a su ascención al poder; su afán de desquite y de figurar en ambientes a los que por su origen jamás hubiera llegado; todo ello le creó una enorme aversión y desconfianza en ambientes intelectuales, estudiantiles y políticos de izquierda que, en otras circunstancias, posiblemente hubieran visto en ella un líder y una mártir de la causa popular, aun no compartiendo sus métodos y los objetivos del régimen en que floreció.

Tan fuerte fue esta desconfianza, de tal manera alteró la visión de sus adversarios y enemigos que en muchos casos impidió ver los profundos cambios que se operaron en ella a lo largo del tiempo. Así, su amor a las sedas y las joyas —que ella gozó a la manera de una desprejuiciada muchacha de pueblo— fue tomado como un índice más de que su sensibilidad social era fingida, sin advertir que este afán de lujo de su primera etapa pública es sustituido en una segunda etapa por una gran sobriedad, como si, superado el deslumbramiento inicial ante lo que aparecía como un sueño inalcanzable, se afirmara en ella un interés más trascendente.

Creó en torno de ella un mito, un mito que fue haciéndose cada vez más fuerte a medida que, desaparecida su figura y desvaneciéndose los detalles y las circunstancias que la habían rodeado, se destacaban más y más su pasión, su energía y su amor violento. Este mito, y el odio y el temor de las clases dirigentes, dan su verdadera dimensión al rapto de su cadáver.

Están demasiado frescos aún sus actos, sus palabras, sus sonrisas, sus estallidos, para poder formular un juicio objetivo sobre su personalidad, pero, sea cual fuere el veredicto de la historia, no hay duda de que Eva Perón es una de las personalidades públicas más apasionantes de nuestro tiempo.

Bibliografía

Acossano, Benigno, *Eva Perón, su verdadera vida*; Bs. As., 1955. *Boizard, Ricardo, Esa noche de Perón*; Bs. As., 1955. Borroni, Otelo y Vacca, Roberto, *La vida de Eva Perón*; Bs. As., 1971. Ghioldi, Américo, *El mito de Eva Perón*; Montevideo, 1953. Lombille, Román J., *Eva la predestinada*; Bs. As., 1955. Main, Mary, *La mujer del látigo*; Bs. As., 1955. Perón, Eva, *La razón le mi vida*; Bs. As., 1951. Perón, Eva, *Discursos 1946-55*. Perón, Juan D., *La fuerza es el derecho de las bestias*; Montevideo, 1958. Perón, Juan D., *Discursos 1946-55*. Sebrelli, Juan José, *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*; Bs. As., 1966. Viñas, David, *14 hipótesis sobre Eva Perón*; Montevideo, 1965.

En la página 223:

1. Eva Perón poco después de haber votado el 1º de noviembre de 1951.

2. Un vendedor ambulante ofrece recuerdos de "La abanderada de los humildes" durante sus funerales.

3. Las exequias de Eva Perón.

4. Proyecto de catafalco en que se depositarían los restos de Eva Perón en la C.G.T.



Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos en oro y sobrecubiertas a todo color.

o **EL MUNDO CONTEMPORANEO** (I): fascículos 2, 5, 6, 9, 14, 18 y 23

o **LAS REVOLUCIONES NACIONALES:** fascículos 8, 13, 15, 22 y 23

o **EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL:** fascículos 1, 21, 24, 31 y 36

o **CRISTIANISMO Y MEDIOEVO:** fascículos 7, 16, 25, 30, 34, y 43

o **LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES:** fascículos 12, 19, 26, 44 y 45

o **LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO:** ículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51

o **EL MUNDO CONTEMPORANEO (II):** fascículos 28, 33, 35, 85, 86, 87 y 94

o **LAS REVOLUCIONES NACIONALES (II):** fascículos 32, 57, 84, 99 y 100

o **LA EDAD DE GRECIA:** fascículos 52, 61, 68, 76, 77, 79 y 82

o **EL SIGLO XIX LA RESTAURACION** fascículos 55 - 56 - 69 - 90 - 91

Tomo **DEL HUMANISMO A LA CONTRARREFORMA:** fascículos 3, 37, 41, 48, 50, 60, 66.

Cómo efectuar el canje:

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.
Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de **$ 7,00 (m$n 700)** por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de **$ 7,00 (m$n 700)** por cada tomo y $ 1 (m$n. 100) para gastos de envío, a **Centro Editor de América Latina**, Rincón 79/87, Capital. Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.

IMPORTANTE:

1. Cada tomo puede canjearse por separado.
2. Si le falta algún fascículo, puede adquirirlo en **Centro Editor de América Latina**, Rincón 79/87, Capital.

DONDE EFECTUAR EL CANJE

CAPITAL

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA EL CANDIL
Uruguay 1251

LIBRERIA EL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento, Cabildo y Juramento, Loc. 1, Sub.

LIBRERIA LETRA VIVA
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

LIBRERIA CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA
Rincón 79/87 - 48-3340

GRAN BUENOS AIRES

AVELLANEDA
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

HURLINGHAM
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

SAN MARTIN
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

SAN MIGUEL
LIBRERIA VIRICO
Av. León Gallardo 1173

VILLA BALLESTER
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. San José, Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

BAHIA BLANCA
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153

LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 208

LIBRERIA LA FACULTAD
Moreno 95

GARRE
RAMON FERNANDEZ

MAR DEL PLATA
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330

REVISLANDIA
Av. Luro 2364

PERGAMINO
PERGAMINO EDICIONES
Mercedes 664

CORDOBA

EL EMPORIO DE LAS REVISTAS
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

JOSE G. LERCHUNDI
Paraná 26

CORONEL MOLDES
CASA CARRIZO
Beigrano 160

CORRIENTES

LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO
25 de Mayo esq. Rioja

CHACO

RESISTENCIA
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

PARANA
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

CONCEPCION DEL URUGUAY
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

MENDOZA

CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A 26

San Rafael
LIBRERIA LEZAHER'S
Av. Moreno 644

MISIONES

POSADAS
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

NEUQUEN

JUNIN DE LOS ANDES
"LA POSTA"
Ruta Complementaria "D"

RIO NEGRO

GRAL. ROCA
QUIMHUE LIBROS
España 452

SALTA

LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

SAN JUAN

LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183

SANTA FE

ROSARIO
LIBRERIA ALBERTO DANIELO
San Martín 619

LIBRERIA AMERICA LATINA
Sarmiento 778, Loc. 2

LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

SANTA FE
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

RAFAELA
LIBRERIA EL SABER
Sarmiento 138

YA HAY UN NUEVO TOMO ENCUADERNADO DE LOS HOMBRES:

ES EL NUMERO 11

Usted puede obtener cualquiera de los tomos que ya aparecieron hoy mismo, canjeándolos por los fascículos sueltos.

Precio de LOS HOMBRES	ARGENTINA:	COLOMBIA: $ 9.-	URUGUAY: $ 90
	Nº 161 al 151 $ 2,00	MEXICO: $ 5	VENEZUELA: Bs. 2.50
	Nº 150 al 1 $ 2,80	PERU: S/. 18	